

# Shirley Temple



EDICIONES  
BISTAGNE

Shirley  
Temple



BIOGRAFIA  
SUS MUÑECAS  
SUS JUEGOS  
SUS COSTUMBRES  
•  
CARTAS  
DE SUS  
AMIGUITAS  
DE ESPAÑA  
•  
CONFIDENCIAS  
CONSEJOS  
•  
CLUB SHIRLEY TEMPLE  
•  
Gran foto regalo



SHIRLEY TEMPLE



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

## SHIRLEY TEMPLE

LA AMIGUITA PUBLICA N.º 1

(ARTISTA 20th. CENTURY-FOX)

Biografía - Sus muñecas  
Sus juegos - Sus costumbres  
Cartas de sus amiguitos de España  
Confidencias - Consejos  
Album obsequio a Shirley Temple  
Club Shirley Temple

Gran foto en colores, regalo

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

### EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

GRAFICA MINERVA - Rosellón, 207 - Teléfono 79566 - BARCELONA



Con la pizarra y el pizarrín que le habían dado para que jugara, comenzó a ensayarse haciendo aquellos garabatos que veía hacer a las otras niñas y a llamarles por los nombres que a ellas les oía dar. Cuando la profesora se dió cuenta ya conocía Shirley todo el abecedario.

—¡Qué despierta es esta chiquilla! — exclamó la profesora, admirada del adelanto que había hecho la niña.

Shirley no entendió lo que aquello quería decir. Pensó que la profesora era una tonta, porque ella estaba despierta desde que su mamá la iba a llamar, a las ocho de la mañana, cuando ella tenía más sueño y estaba mejor en la cama. Y luego no volvía a dormir en todo el día, hasta las ocho de la noche en que su mamá la llevaba a la cama y se dormía abrazada a su muñeca y a su perrito de trapo.

¿A qué venía que la profesora dijera que estaba despierta? ¿Acaso, sin darse ella misma cuenta, se había dormido algún día en la clase, mecida por el runruneo de las otras niñas que leían en torno a la profesora? Le preocupó mucho aquella idea a Shirley, tanto, que estuvo pensando en ella durante un minuto justo y luego se puso a escribir de nuevo los garabatos con

mucha atención para poderlos hacer mejor que los de su vecina, que los hacía casi más grandes que la pizarra misma.

En la escuela infantil no se obligaba a las niñas a permanecer demasiado tiempo sentadas ni fijando su atención en una misma cosa. Para la inquietud y actividad de la pequeña Shirley aquello era una delicia, porque podía correr a su gusto, chillar a su placer, perseguir a sus compañeras y revolcarse por la arena de la playa llena de sol, que se abría ancha y radiante frente al edificio de la escuela.

Era en la playa, al aire libre, donde pasaban la mayor parte de las horas escolares. Allí jugaban y cantaban. Allí se sentaban en grandes corros frente a la profesora que les contaba cuentos e historias puestas al alcance de sus pequeñas imaginaciones, y que, sin esfuerzo alguno, las iba instruyendo en muchas cosas de su país y de los lejanos países de los que la profesora les hablaba despertando en ellas todo un mundo nuevo y maravilloso de fantasía hecha de realidades.

Shirley Temple corría por la playa, se acercaba a las olas, dejaba que le mojaran los piecitos diminutos y reía con una risa repleta de infantil felicidad. Le gustaba mucho el mar y le gustaban el sol y el

aire que le tostaban la carita redonda y expresiva que hacía graciosas muecas a las olas en donde se reflejaba el sol volviendo de plata las blancas espumas.

Pero Shirley era la que con más frecuencia se acercaba a la profesora, se sentaba frente a ella y le decía en una deliciosa media lengua:

—¡Cuénteme una historia, señorita!

La profesora miraba a la niña. La veía con sus grandes ojos abiertos, llenos de ansia y de luz, con aquella encantadora sonrisa que suplicaba venciendo, con el afán de saber reflejado en sus pupilas claras y brillantes, y, accediendo a la súplica de la niña, le contaba cuento tras cuento, aquellos cuentos que encerraban todos una profunda moraleja que iba formando el ánimo de las niñas en el amor al bien y en el horror a todo lo que no es bueno y bello.

La señorita, atraída por la inteligencia y el candor de la niña, de aquella niña que siendo la más pequeña de la escuela era la que mostraba más afán de conocimientos nuevos, había dejado de llamarla "Comino" para llamarla Shirley, o señorita Temple. Aquello fué lo que le conquistó a la profesora por entero la voluntad de la diminuta dis-

cípula, que al no sentirse humillada por aquel apodo y ver que la trataban con el respeto y deferencia de una persona mayor, se había crecido convencida de que era ya todo un personaje.

Shirley Temple sabía que era la más chiquita de la escuela, pero no quería que la trataran como a tal. Como a todos los niños le gustaba a Shirley que se la tomara en serio. Como a todos los niños le gustaba a Shirley ser una persona mayor. Y desde que la profesora, buena psicóloga infantil, había aprendido a tratarla como si fuera una señorita, iba a ella constantemente, en el ansia de saber, haciéndole mil preguntas de todo cuanto veía y oía.

Luego, en su casa, Shirley les contaba a sus muñecas las historias que la señorita le había contado a ella, y las hacía estar muy formalitas oyéndola, como se estaba ella cuando escuchaba a la profesora.

—Si no van ustedes a ser formales, no les contaré el cuento— les decía con una seriedad encantadora.

Las muñecas debían ser muy obedientes, porque se oía la voz de Shirley que contaba la historia con los mismos detalles y casi con las mismas palabras con que la profesora se la había contado a ella. Aquella chiquilla tenía una memo-



ria privilegiada y una intuición precoz.

De vez en cuando se oía su voz levantarse con ímpetu y reñir a alguna de sus muñecas que debía ser discolá o inquieta:

—Señorita, la tendré que sacar de la clase si sigue usted con este comportamiento.

Debía bastar aquella frase enérgica para hacer entrar en vereda a la discípula descarriada, porque de nuevo Shirley seguía contando su historia, mirando a las muñecas que formaban corro ante ella, sentadas en el suelo, con sus caritas inexpresivas, rígidos los brazos y muy separadas las piernas para poder aguantar el equilibrio.

Lo que más le gustaba a Shirley Temple, después de las historias, era hacer gimnasia al aire libre, en la playa llena de sol, frente al mar. Tenían un profesor especializado. Shirley, como era la más pequeña, no sólo de edad, sino de estatura, estaba en primera fila frente a frente al profesor.

Muchas veces, al terminar un ejercicio, el profesor iba hasta ella, la tomaba en brazos, la besaba con ternura y murmuraba:

—¡Qué deliciosa es esta criatura!

Shirley no sabía por qué le decía aquello, pero le gustaba que el pro-

fesor la distinguiera entre todas sus amiguitas.

Al profesor le entusiasmaba el trabajo de aquella criatura que se movía con tanta soltura, que adivinaba el ritmo del movimiento gimnástico y que se amoldaba a él antes de que el mismo profesor hubiera acabado de explicarlo. El cuerpecito diminuto de la niña era ágil y flexible y tenía unos movimientos tan armoniosos que el profesor, entusiasmado, no podía menos de abrazarla y besarla con entusiasmo y ternura, porque aquella chiquilla era una verdadera exquisitez.

Shirley agradecía la distinción del profesor con una sonrisa dulce y le acariciaba con sus manitas regordetas.

Más tarde, cuando estaba en su casa, sola con sus muñecas, les contaba lo ocurrido, mientras les hacía ejecutar los ejercicios que había aprendido. Pero ¡claro! las muñecas no tenían su misma flexibilidad, ni su intuición, ni su agilidad y aquellos forzados ejercicios a los que las sometía, ocasionaban no pocas veces roturas de brazos y piernas que costaban a la niña grandes llanteras, porque ella no había querido hacerles daño.

Y era una cosa que no podía comprender bien, por qué ella hacía aquellos mismos ejercicios, sin

que nadie la ayudara y no se rompía nunca nada, mientras que sus muñecas eran tan frágiles que, al menor movimiento, ¡chas... ya tenían quebrado un brazo!

Tuvo que desistir de hacerles ejecutar los diversos ejercicios de gimnasia que ella aprendía, porque en pocos días quedaron fuera de combate tres de sus muñecas preferidas.

Desde entonces se limitó a contarles cuentos, a enseñarles a leer y a escribir y a llevarlas a pasear por el jardín de su casa cuando era la hora de recreo.

Otra cosa le gustaba también mucho a Shirley y sentía infinitamente que sus muñecas no pudieran tampoco hacerlo. Eran los cantos rítmicos que les enseñaban en la escuela.

Tenían una clase de música amplia y alegre, con ventanales muy grandes, muy grandes, que daban a la playa y por los que entraba el sol llenando el suelo de manchas multicolores al romperse en los cristales.

Allí les enseñaban sencillas cancioncitas que tenían que acompañarse con movimientos y pasos que seguían el ritmo de la música. La profesora tocaba el piano y otra les enseñaba los ademanes y pasos que tenían que hacer. Era muy diverti-

do. A Shirley aquello la volvía loca de contento y ponía todo su entusiasmo infantil en ejecutar aquellas cancioncitas.

Una vez la directora fué a presenciar la clase musical de las niñas y Shirley oyó que la profesora decía a aquella dama a la que todas tenían un gran respeto mezclado de un poquito de miedo:

—La pequeña Temple tiene el sentido del ritmo y de la danza. Nunca había encontrado una criatura de tanto temperamento musical.

Al terminar la clase la hicieron quedar a ella solita con la profesora y la directora y la hicieron cantar tres o cuatro de aquellos cantos rítmicos que ella ejecutaba con una gracia tan natural y tan espontánea que hicieron exclamar a la directora:

—¡Es una verdadera maravilla!

Para la pequeña Temple aquellas palabras fueron ininteligibles. No les dió importancia ninguna y corrió, feliz de verse en libertad, a reunirse a sus compañeras que jugaban en la playa, a pleno sol.

Aquel mismo día Shirley vió con sorpresa y con natural sobresalto que su mamá entraba en el despacho de la directora. Shirley se quedó muy pensativa, temiendo que hubiera cometido alguna travesura



sin darse ella misma cuenta y que la directora iba a quejarse a su mamá y que su mamá la regañaría mucho y la castigaría sin postres.

Pero su asombro fué enorme en cuanto vió que su mamá, al salir del despacho de la directora, la tomaba en brazos y la llenaba de besos y caricias.

Shirley pensó que era una cosa muy difícil entender a las personas mayores.

Por la noche, cuando estaban en su casa después de cenar oyendo la radio, su papá miró a Shirley mucho rato y luego le dijo:

—¿Te gustaría ser bailarina, Shirley?

La nena miró a su papá, le sonrió con ternura y replicó con ingenuidad:

—¿Qué quiere decir ser bailarina, papito?

—Ser bailarina es saber bailar muy bien, muy bien, toda la música que se oye.

—¡Sí, sí, papá, me gustaría mucho ser bailarina!—replicó la niña dando palmadas y corriendo por la habitación con una alegría loca.

—Pues si eres buena y juiciosa te llevaremos a una escuela de baile, porque la directora del colegio le ha dicho a tu mamá que deberíamos enseñarte a bailar.

Shirley estuvo muy contenta por-

que aquella noche papá y mamá la besaron más que de costumbre y la mimaron mucho y le dijeron muchas palabras cariñosas que a ella le gustaba que se las dijeran sus papaitos.

Se durmió soñando que era una gran bailarina, que bailaba todo el día y que en torno a ella bailaban también todas sus muñecas, hasta aquellas que se habían roto la pierna en sus ejercicios de gimnasia.

A los pocos días Shirley Temple abandonó el jardín de la infancia, aquella escuela blanca y alegre que se abría en la playa, frente al mar, y comenzó a asistir a una escuela de baile.

Allí se pasaban el día bailando. A Shirley le gustaba mucho el baile, pero no le gustaba tanto la escuela, porque no estaba frente al mar, como la otra, y a la niña la entusiasmaban el vaivén de las olas y el reflejo del sol sobre la espuma blanca, blanca, llena de ricitos.

Comenzó a aprender a bailar zapateando sobre el suelo de madera. Le divertía mucho el tac, tac, tac de sus zapatitos sobre el entarimado, al compás de la música y pronto se distinguió entre todas sus compañeras, mucho mayores que ella.

La chiquilla tenía intuición musical y el sentido perfecto del rit-

mo. No le fué nada difícil dominar el arte de mover a compás sus piecitos diminutos y de zapatear sin perder un solo instante el ritmo musical. Los profesores estaban entusiasmados. Sus condiscípulas envidaban la gracia de sus movimientos y la rápida comprensión para ejecutar los pasos de baile. Shirley lo hacía todo con tal naturalidad que para ella todo parecía fácil y todo le ofrecía motivo de alegría y de diversión.

¡Cuánto lamentó no poder enseñar a sus muñecas a bailar como ella! Ya lo intentó, pero todo fué en vano, porque las muñecas se negaban a obedecerla. Entonces se contentó bailando delante de ellas todo lo que había bailado en la escuela. Y luego las reñía y se lamentaba de que fueran tan torpes y tan incapaces para una cosa tan facilísima como era zapatear sobre el parquet de su cuarto de juguetes, produciendo aquel tac, tac, tac acompasado y armonioso.

Un día hubo una gran fiesta en aquella escuela. Se invitó a todas las familias de las alumnas y a muchos señores que Shirley no conocía. Para aquella fiesta habían estado ensayando muchos bailes, versos y canciones.

Shirley estaba muy contenta porque se había aprendido un verso

muy largo, que contaba la historia de un pajarito desobediente que, por no creer a sus papás, había caído entre las garras de un gato que se lo comió sin contemplaciones. Shirley sentía odio hacia aquel gato tan malo y una gran compasión hacia el pajarillo desobediente, pensando que acaso, si lo hubieran llevado a la escuela como a ella, hubiera aprendido a obedecer.

Decía el verso con un entusiasmo tan grande que la profesora de declamación a cada ensayo la besaba tiernamente, le acariciaba la rubia cabecita llena de rizos y le decía mirándola con una intensa mirada de comprensión:

—Tú llegarás lejos, Shirley, tú llegarás lejos.

¿Qué quería decir con aquello? ¿Qué quería decir que llegaría lejos? ¿Dónde tenía que llegar? ¡Si ella no iba nunca de viaje! ¡Si no había salido de Santa Mónica nunca! ¡Si su casa estaba a dos pasos de la escuela!

No le preocupó mucho a Shirley la frase de la profesora. Se olvidó pronto de ella y sólo pensó en el día de la fiesta.

Su mamá le hacía para aquel día un vestido blanco muy bonito, con muchos volantes y un lazo en la cintura. Aquel vestido tenía todas las preferencias de Shirley. Lo iba



a estrenar para bailar y recitar el día de la fiesta. Era en lo único que pensaba, teniendo bien lejos de su imaginación infantil—imaginación muy despierta, pero que no podía en modo alguno tener la clarividencia del porvenir—que aquel día iba a marcar una etapa de su vida y a abrirle el brillante horizonte del arte en donde la niña tenía que distinguirse bien pronto con brillo propio y esplendoroso.

Aquel día iba a ser para Shirley Temple el arco triunfal que se levantaba ante la futura gran estrella.

La chiquilla recitó el verso con tan exquisita gracia que los aplausos del público la obligaron a repetirle por indicación de sus profesoras. Luego bailó en bailes de conjunto y como solista y el público se arrebató con aquella criatura toda gracia y gentileza, que les sonreía con una sonrisa ingenua, alegre, dulcísima, sonrisa que había de hacerse más tarde famosa a través de mares y continentes.

Cantó también algunas canciones infantiles. Pero su éxito definitivo, arrollador, fué cuando cantó con toda su gracia original la canción de "El lobo feroz y los tres cerditos".

Al terminar la fiesta Shirley recibió muchas felicitaciones. Todo el mundo la cogía en brazos, la besa-

ba, la obsequiaba con dulces y le decía palabras encantadoras.

La niña, un poco aturdida, porque no se le alcanzaba a ella a qué venían todas aquellas demostraciones, seguía sonriendo con graciosa inocencia y acariciaba a los que la acariciaban como si quisiera compensarles de la molestia que se tomaban de fijarse en ella.

Había asistido a la fiesta un conocido director cinematográfico. Felicitó él también a la niña, la besó, la tuvo en sus brazos mucho rato y le preguntó:

—¿Te gustaría bailar y cantar para mí solo?

—A mí me gusta mucho bailar y cantar—respondió Shirley con su simpatía natural.

—¿No estás cansada?

—¡Yo no me canso nunca!—exclamó la chiquilla, extrañada de la pregunta.

—Entonces...

El director la había dejado otra vez en el suelo y se había ido a hablar con sus papás, pero como Shirley es una niña muy bien educada y sabe que las niñas no deben escuchar nunca las conversaciones de los mayores, no supo de qué hablaba aquel señor con sus papás.

Por la noche aquel señor desconocido cenó con ellos. Le hizo muchas preguntas a la niña y aunque

Shirley pensaba que aquel caballero era demasiado curioso, contestaba a todo con suma cortesía.

Después de cenar Shirley volvió a bailar delante de aquel señor y cantó y recitó y le dijo todo cuanto el señor quiso que la niña dijera. El caballero estaba entusiasmado y decía grandes frases de elogio a los papás de Shirley que sonreían orgullosos de tener aquel delicioso tesoro en su casa.

Mamá la obligó a acostarse. Era muy tarde y, aunque a Shirley le hubiera gustado quedarse en el salón para seguir bailando y recitando, tuvo que despedirse del caballero y marcharse a su pequeño dormitorio. Su mamá la ayudó a acostarse, le dió muchos besos y le dijo que durmiera mucho, mucho, para que no fuera a enfermarse de cansancio.

—Pero, mamáita, ¡si no estoy cansada! ¡Yo quería bailar más delante de ese señor tan bueno!

—Ya bailarás otro día, Shirley. Ya le volveremos a ver. Ahora duerme, duerme mucho, cariño.

Shirley, que aunque decía lo contrario estaba rendida, se durmió profundamente.

En los días siguientes Shirley no volvió a ver a aquel caballero, y se había olvidado de él, con esa volubilidad tan propia de la infancia.

Había ido de nuevo a la escuela, había jugado con sus compañeras, había entablado de nuevo sus largos diálogos con las muñequitas y la visita del señor se había borrado de su mente.

Pero vió un día con la natural sorpresa y la consabida alegría que su mamá se disponía a salir de viaje llevándola a ella también. Entonces Shirley se acordó de que una vez la profesora de declamación le había dicho que llegaría lejos, y pensó que acaso se refería a aquel viaje del que debía haberle hablado su mamá, aunque a ella nadie le había dicho nada.

—¿Dónde nos vamos, mamáita?—preguntó la niña.

—A Hollywood—le contestó su mamá.

—¿Y eso... dónde está?

—Está muy cerca de aquí, querida.

—¿Y no vendrá papá con nosotras?

—Sí, papá vendrá con nosotras. ¿Cómo íbamos a dejar solito a papá?

Los papás de Shirley habían prometido a aquel caballero que les había hecho tantos elogios de su hija, llevar a la niña a los estudios Fox para que le hicieran algunas pruebas fotográficas. Y el viaje que



iban a realizar era para cumplir la promesa.

Shirley sólo sabía que se iba de viaje y aquello la enloquecía. Sólo que mamá no quiso que se llevara a sus muñecas y la entristeció un poco tenerlas que dejar, como la entristeció también tener que dejar a su perro Terry. Pero su mamá le dijo que se marchaba sólo por unos días y que pronto se reuniría a ellos otra vez y aquello la consoló.

Marcharon a Hollywood. El viaje le pareció a Shirley muy largo, muy largo, porque era la primera vez que tomaba el tren para salir de Santa Mónica. Shirley no iba nunca al pensionado donde estaban sus hermanitos estudiando. Eran siempre sus papás los que iban a verles y luego, en las vacaciones del verano y de Navidad y de Pascua, eran los niños los que venían a casa a ver a Shirley. Papá y mamá decían que las niñas pequeñas donde mejor están es en casa. Y Shirley se alegraba de que por una vez hubieran cambiado de opinión sus papás.

Por esto le pareció larguísimo el trayecto de Santa Mónica a Hollywood. Para una niña de tres años cualquier viaje es cosa inacabable. Y Shirley se confirmó en la idea de que las palabras de la profesora

se referían al viaje que acababa de realizar con sus papás.

Acaso no fuera descaminada la idea de la niña... ya que era aquel viaje el que la tenía que llevar lejos, muy lejos, cruzar mares, atravesar continentes, llegar hasta los más apartados rincones del globo y llevar a ellos la simpatía de su figura graciosa, el encanto de su inocencia, que es la luz más pura y bella que ilumina hoy día el horizonte cinematográfico, y hacerse dueña de todos los corazones, como reina absoluta de la gracia, de la simpatía y del candor.

Al llegar a Hollywood Shirley Temple hubiera querido ver toda la ciudad y detenerse en las vitrinas de las tiendas donde había juguetes y muchas muñecas que ella hubiera querido poder comprar. Pero sus papás le dijeron que tenían que ir a ver a aquel señor que la había visto bailar en Santa Mónica y que les estaba esperando.

Shirley estuvo muy contenta al saber que iban a ver otra vez a aquel señor tan amable que le había mandado una muñeca muy bonita a los pocos días de haber estado en Santa Mónica.

Fueron a los Estudios Fox. A la chiquilla le llamaron poderosamente la atención y miró con sorpresa y curiosidad, las grandes máquinas,

las lentes voluminosas, los grandes focos potentes, la blancura cegadora de los sets, todo el complicado mecanismo de los estudios cinematográficos montados con todos los adelantos de la ciencia moderna, los que hacen posible realizar los más complicados problemas de técnica.

Allí encontraron al director y a otros muchos señores que esperaban ver actuar a la diminuta chiquilla para juzgar del hallazgo realizado en Santa Mónica, del que tan grandes elogios les habían hecho.

Shirley no se asustó. Bailó ante todos aquellas desconocidos con la misma naturalidad con que bailaba ante sus muñecas. ¿Le parecieron acaso muñecos todos aquellos señores tan rígidos, que miraban con tanta seriedad lo que ella ejecutaba solamente como un juego? ¡Quién puede penetrar en el pensamiento infantil! La criatura ejecutaba todo lo que le pedían; bailó, cantó, recitó como hacía en la escuela y sonrió a todos aquellos caballeros con su cautivadora sonrisa, captándose en un instante la simpatía de todos.

Shirley Temple veía que los grandes focos eléctricos caían sobre ella. Que las maquinarias volumi-

nosas se movían como monstruos y seguían sus movimientos. Que los cameramen no cesaban de trabajar mientras ella iba ejecutando sus canciones y sus bailes. Se divertía también viendo todo aquel aparato que no acertaba a comprender. Aunque hubiera querido preguntar para qué servía todo aquello, no se atrevía a interrumpirse en sus canciones y en sus bailes, para que sus papás no la regañaran ni le dijeran que era una niña mal educada que no sabía respetar a sus mayores. Pero iba siguiendo con sus ojitos curiosos y ávidos todas las evoluciones que veía por primera vez y a las que tan rápidamente se tendría que acostumbrar.

Dos días más tarde, llevándole su papá la manita insegura, firmó un papel que su papá le dijo era un contrato a largo plazo y que su papá firmó con ella.

La anónima Shirley Temple, la alumna de una escuela de baile de Santa Mónica, pasaba a formar parte del grupo de grandes estrellas, del que había de destacarse pronto, siendo entre todas la más diminuta y la más esplendorosa al mismo tiempo.



## LA PRIMERA "GRAN" PRODUCCION DE SHIRLEY TEMPLE

A los productores cinematográficos siempre les da un poco de miedo lanzar a un astro infantil. ¿Hallarán sus gracias eco en el gran público mundial? ¿Lograrán imponer su incipiente personalidad a las masas de todos los países? Porque en el cine un éxito meramente nacional deja de ser éxito; precisa que el mundo entero aprecie el esfuerzo de la realización o el arte de la estrella.

La pequeña Shirley Temple era una chiquilla deliciosa, encantadora, monísima, con gracia y simpatía que desbordaban de sus ojitos vivos y picarescos, de sus hoyuelos graciosísimos, de su sonrisa contagiosa. Pero, ¿triunfaría ante el público cinematográfico, como había triunfado en el ambiente íntimo de las escuelas y de las primeras pruebas fotográficas?

Aquella chiquilla que acababa de cumplir los cuatro años dejaba perplejos a los directores de la Fox. Si se la presentaba al público

era preciso presentarla en toda su gracia ingenua, buscando un papel que enmarcara perfectamente a las facultades de la criaturita que vivía tranquilamente, aislada de todas aquellas conjeturas y aquellos cálculos que las gentes mayores hacían sobre ella.

La primera prueba fué sencilla. Shirley Temple actuó en "Seamos optimistas", en donde su sonrisa alegre y sus ojos dichosos ponían la nota más optimista de todo el film. La pequeña Shirley tenía que bailar y tenía que cantar. Para ella aquello era miel sobre hojuelas... Bailar y cantar puede decirse que eran las dos cosas que había hecho constantemente desde que comenzó a dar los primeros pasos y a balbucear las primeras palabras.

No le costó ningún esfuerzo. El trabajo divertía mucho a la chiquitina. Era la niña mimada del estudio. Todos se desvivían por ella. Todos querían obsequiarla y tenerla junto a ellos para divertirse con

la gracia chispeante de sus contestaciones. Shirley fué la amigueta de todos los artistas desde los primeros días de su asistencia a los estudios de la Fox.

Cuando iban a filmarse las escenas en las que la niña tomaba parte, el set se llenaba de espectadores, de artistas de primera magnitud, que venían a contemplar la gracia espontánea de la niña, de aquella criatura prodigiosa que con una intuición precoz adivinaba las órdenes del director y las realizaba con la mayor exactitud.

Todos los pronósticos eran favorables al éxito de la chiquitina. Todas las esperanzas estaban puestas en ella.

Al terminar algunos de los números en los que Shirley tomaba parte, todos se precipitaban a la niña para felicitarla, para cogerla en brazos, para decirle palabras bonitas que Shirley escuchaba con su deliciosa sonrisa sin comprender muy bien qué era todo aquello que querían decirle.

Madge Evans se encariñó tanto con la niña que lloró el día que dieron fin las últimas escenas de "Seamos optimistas".

—¿Por qué lloras?—le preguntó Shirley, besándola y abrazándola con aquellos bracitos pequeños que

apenas lograban rodear por entero el cuello de la simpática actriz.

—Porque ahora, como ya no trabajaremos juntas, te vas a olvidar de mí.

—No llores, tontita. Yo vendré cada día y te cantaré y te bailaré todo lo que tú quieras. No quiero que llores—dijo Shirley que ya comenzaba a hacer unos deliciosos pucheros, contagiada de la tristeza de Madge Evans.

Madge la abrazó con toda su alma. Aquella chiquilla era de una generosidad emocionadora. ¿Qué artista sería capaz de mostrarse tan pródiga de su arte, sólo para consolar a una compañera de trabajo?

Terminado el trabajo de "Seamos optimistas" era preciso esperar el resultado. Warner Baxter afirmaba que sería un triunfo definitivo. James Dunn decía que la niña les eclipsaría a ellos y que el éxito de la chiquilla iba a ser de los más rotundos obtenidos en la pantalla por una debutante. Madge aseguraba que la niña se conquistaría muy pronto todos los corazones.

Así fué. Shirley Temple, desde su primera producción, se conquistó no sólo la simpatía y el cariño de todos sus paisanos, sino que cautivó los corazones del mundo entero. Las cartas de felicitación llovieron a millares en los estudios de



la Fox, y llegaban de las cuatro partes del mundo, a medida que el film iba recorriendo los más diversos y lejanos países.

¿Qué importaba que la niñita deliciosa, monísima, encantadora, no hablara un idioma comprensible?... El encanto que emana de su carita alegre, de su sonrisa contagiosa, del brillo de sus ojos pícaros y la agilidad con que se mueven sus piernecitas y la gracia con que golpean el suelo sus pies adiestrados en la danza y sus movimientos armoniosos, llenos de belleza plástica, hablan un idioma de todos comprendido: el idioma de la belleza y de la simpatía, que es el idioma único que no tiene fronteras.

Shirley Temple se impuso con la fuerza de su arte hecho de naturalidad y de gracia, con la fuerza del encanto de su personita diminuta que se movía con soltura ante la lente y que fué reproducida en todas las pantallas mundiales.

"Seamos optimistas" llevaba a través del mundo entero la incomparable gracia de una niña que, de un solo golpe, se había colocado al frente de todas las estrellas.

Inmediatamente, alentados los estudios Fox por el triunfo obtenido por lo que ellos llamaban "su descubrimiento", dieron a Shirley Temple un papel de mayor impor-

tancia. En "Seamos optimistas" la niña era como un rayo de luz que pasaba fulguroso por la escena. De ahora en adelante iba a ser el astro esplendoroso que iluminaría con su luz propia todo el film. Se tenía confianza absoluta en ella y se la iba a someter a pruebas de las que la criatura saldría triunfante, con nuevos y más absolutos triunfos en cada una de sus nuevas producciones.

Comenzaron a rodarse las primeras escenas de "Gracia y simpatía". Shirley Temple ya no iba a limitarse a bailar y a cantar y a hacer monerías de niña prodigio. Shirley iba a actuar como una gran actriz. ¡Y qué gran actriz se mostró la criatura en el difícil papel que le había correspondido!

La pequeña Shirley se mostró una actriz consumada. Con una naturalidad pasmosa tomaba parte en las escenas y era ella la que daba la tónica de la naturalidad y del arte verdadero a todos los que con ella trabajaban.

Con un perfecto aplomo jugó con el collar que el bandido le había entregado, con aquel collar que, en su ingenuo descubrimiento, iba a esconder en el bolsillo de la chaqueta de su papá y que podía ser la prueba irrefutable de un robo del que se le quería acusar. La niña

se movía en escena como si estuviera viviendo su propia vida. No se acordaba de que tenía ante ella las grandes cámaras fotográficas, aquellas grandes cámaras que le habían dado un poco de miedo el primer día que las viera; ni de que los focos eléctricos alumbraban el set en diversas y encontradas direcciones, para hacer más nítida la fotografía. Shirley se movía con la misma naturalidad con que se movía en su casa cuando jugaba con sus muñecas.

Como si jugara también realizó las escenas en las que, después de libertar al criminal con un enorme cuchillo con el que corta sus ligaduras, sostenía con él una terrible lucha con la terquedad de los pequeños que no quieren devolver una cosa que se les ha dado. Shirley se defendía con sus manitas, con sus pies, con los dientes; defendía con todo su coraje el collar que en su inocencia gentil quería conservar, sin adivinar que podía ser la prenda que acusara a su querido papá de una falta no cometida.

Y estuvo formidable de emoción cuando el bandido la cogió en brazos y, haciéndola servir a ella de

coraza, emprendió la huida a través de los tejados. La carita de Shirley denotaba terror, angustia, desesperación, y sus ojitos lloraban amargamente como si en realidad sintiera miedo.

Al terminar aquellas escenas, su mamá, que siempre está con ella en los estudios, la cogió en brazos, la besó con emoción y le preguntó, pensando que acaso la niña se hubiera asustado de veras:

—¿Has tenido miedo, queridita?

—¡Oh, no, mami! ¡Pero lo hacía ver!—y se rió con aquella risa jugosa en la que está encerrado el mejor encanto de esta criatura que es toda ella el compendio de la perfección.

Este segundo film obtuvo un éxito más resonante que el primero. En el primero Shirley se había mostrado como una deliciosa promesa. Este film era su consagración definitiva como artista. Shirley no sería únicamente la niña que sabe bailar con agilidad y que canta con gracia, sino que era la niña que sabe sentir y expresar sus sentimientos tan a lo vivo que hasta logra intranquilizar a su propia mamá.



## LA VIDA DE UNA ESTRELLA

¿Cómo vive Shirley Temple? Shirley Temple vive ya como viven las grandes estrellas. Desde el comienzo de su carrera como artista cinematográfica, sus papás trasladaron a Hollywood su residencia y alquilaron una casita modesta, no lejos de Movietone City, donde la Fox tiene instalados sus estudios.

En aquella casita, rodeada de un amplio jardín, vive Shirley Temple con sus padres, sus dos hermanos Juan y Jorge, cuando salen del colegio en época de vacaciones, y su perrito Terry y sus muñecas.

Por la mañana Shirley, cuando se despierta, espera perezosamente a que su mamá entre a llamarla, y, entretanto, se divierte cerrando los ojos muy fuerte, muy fuerte, para ver una serie de pequeñas circunferencias de color de oro que suben y bajan silenciosamente por la habitación junto con otras de color rojo y pequeños puntos oscuros. Aquello es un juego que la divierte mucho y que la hace sentirse con-

tenta cuando entra su mamá a decirle:

—Shirley, son las ocho y tienes que ir al estudio.

Shirley se hace la dormida para que su mamá se acerque a la cama y la despierte con sus besos y sus risas. Shirley abre los ojos, abraza a su mamá, la besa muchas, muchas veces y deja que la ayude a hacerse la toilette.

Es una criatura dócil y obediente, si sabe llegar a ella con dulzura y con cariño. No haría nada si la forzaran a ello, pero es capaz de hacer cualquier cosa que se le pida con ternura y con amor. Tiene siempre la sonrisa en los labios. Es muy inquieta. Le gusta brincar por el jardín, haciendo ladrar a su pequeño Terry y perseguir a las mariposas, sin cogerlas nunca, porque una vez cogió una y, al ver que se había deshecho entre sus deditos, lloró amargamente y no quiso que aquello volviera a suceder.

Antes de ir a los estudios cine-

matográficos, tiene en casa una hora de clase que le da su misma madre. Le enseña a leer, a escribir, y las nociones elementales de Geografía e Historia, de Aritmética y de Gramática, sin forzar demasiado a la niña, porque su memoria tiene que estar ocupada por tan diversas cosas que no puede obligársela a estudiar como a otros niños de su edad.

El primer año de su vida de artista, volvía a su casa a comer y luego, por la tarde, otra vez a los estudios a seguir el trabajo; pero como aquello resultaba un poco fatigoso para la niña, los estudios Fox le regalaron un bungalow, como se hace con las grandes estrellas, dentro mismo del recinto de Movietone City.

Sólo los artistas más sobresalientes logran tener un bungalow particular en los estudios. Greta Garbo, Lilian Harvey, Joan Crawford, Marlene Dietrich, pueden permitirse el lujo de tener un bungalow. Los demás artistas tienen su camerino particular; comen en el restaurante de los estudios y descansan en los intervalos en los grandes salones de descanso, o en la biblioteca, o en las amplias galerías convertidas en "serres" con plantas tropicales que les dan un frescor muy agradable. El bungalow se reserva para

la estrella de primerísima magnitud.

Y Shirley Temple cuenta con su bungalow particular.

El bungalow es una casita de madera compuesta de dos o tres habitaciones. El de Shirley tiene tres: el baño, el cuarto de vestir y una gran habitación que puede transformarse rápidamente de salón en comedor y de comedor en dormitorio, según las necesidades del momento en la vida cambiante de una gran estrella del cinema.

Shirley Temple iba con mucha frecuencia a aquel bungalow cuando éste pertenecía a Lilian Harvey. Le gustaba estar con la bellísima estrella que quería a la pequeña como a una hija y que le contaba cosas de su lejano país, del que tenía cantidad de recuerdos colocados en la gran habitación que le servía de salón. La niña le preguntaba por cada uno de aquellos recuerdos y Lilian le explicaba el significado que tenían y le mostraba las valiosas porcelanas y las muñecas vestidas con los vistosos trajes típicos y los jarrones, los cuadros y las fotografías que reproducían la belleza encantada del lejano país en el que Lilian soñaba siempre y al que regresó empujada por la nostalgia de la ausencia.

Al dejar Lilian Harvey Holly-



wood, por acuerdo del Consejo Superior de los estudios se regaló a Shirley el bungalow que tanto le gustaba. Pero ¡oh decepción!... Cuando Shirley fué a tomar posesión de aquella casita que tanto le había gustado, vió con dolida sorpresa que había desaparecido de ella todo cuanto Lilian tenía y todo lo que a ella la atraía tanto. El bungalow había perdido todo el encanto para la niña.

Ahora estaba arreglado por una mano de artista, pero por una mano que había pensado en la niña únicamente y lo había llenado de motivos infantiles y de juguetes de todas clases... ¡Pero Shirley tenía todo aquello en su casa! ¡Y lo que ella quería era precisamente lo que tenía Lilian Harvey, porque en su casa no había ninguna de aquellas cosas magníficas y evocadoras de países lejanos!

Desde que es suyo, Shirley está mucho menos en el bungalow de lo que estaba cuando su dueña era la bella Lilian. Shirley es una chiquilla inquieta, curiosa de todo, a la que no le gusta la soledad ni la compañía de las gentes que la tratan con excesivo halago.

A su bungalow sólo acuden las gentes que vienen a felicitarla, los periodistas que vienen a importunarla, los turistas influyentes que

consiguen penetrar en los estudios y que no quieren dejar Hollywood sin haber besado la fresca mejilla de la más diminuta y la más grande de todas las estrellas.

Shirley ha aprendido que, cuando ve a un caballero o a una señora que va con una cartera debajo del brazo y un lápiz en la mano, ha de temer al periodista que viene a entrevistarla, a dirigirle una serie de preguntas que muchas veces ella no entiende y a las que ha de contestar con amabilidad para que luego no publiquen a los cuatro vientos que es una niña mal educada. Ha aprendido también a conocer al turista influyente; el turista, sea hombre o mujer, va con un pequeño bloc de notas en la mano y una elegante pluma estilográfica. No hace tantas preguntas como el periodista y habla, por regla general, o en un idioma inteligible o en un inglés más ininteligible que su mismo idioma.

A Shirley le gusta la compañía de las gentes que la tratan sin contemplaciones y que saben jugar con ella olvidándose de que es una actriz inmensa. La niña abandona el elegante bungalow que le han regalado, para corretear por los estudios, por los jardines amplios, por los grandes patios llenos de sol, con los demás niños que pueblan

aquel pequeño mundo que constituye la Movietone City.

La niña abandona su bungalow lleno de juguetes, lleno de muñecas, lleno de todo cuanto una imaginación infantil puede soñar, y corre con los demás niños, haciendo esas mil diabluras de los chiquillos sanos y alegres.

Juega lo mismo con los hijos de los porteros que con el "galán" de la pantalla Freddy Bartholomew, al que conoce mucho y al que le gusta ver trabajar. Shirley Temple es una encantadora demócrata para sus juegos infantiles: no repara en diferencia de raza, ni en diferencia de casta; para ella todos los niños son iguales: son niños y esto es bastante para que se sienta feliz entre sus compañeros. Les quiere a todos.

Y aun nos atreveríamos a decir que quiere más a los humildes, a los pequeños, a los que no tienen amparo. Con un instinto admirable de maternidad, o con un más admirable instinto de la igualdad de clases, va con preferencia hacia los que ve más solos, a los que le parece se hace en torno a ellos el vacío, ya porque son hijos de pobres empleados subalternos, o porque no son más que aspirantes a "extras" con contratos muy breves y muy espaciados.

Cuando filmaba la preciosísima cinta "La pequeña coronela", se hizo gran amiga de los dos niños negros que con ella trabajaban en el film. No les dejaba un momento y les obligaba a comer con ella en su bungalow y les regalaba con las mejores cosas que allí tenía. En Estados Unidos, donde no ha logrado vencerse la diferencia que separa a los blancos de los negros, Shirley practicaba con toda naturalidad y con todo amor la doctrina de la igualdad que en vano se ha predicado por los más entusiastas paladines de la igualdad entre las distintas razas humanas.

Los dos negritos de "La pequeña coronela", fueron durante las semanas que duró la filmación de la cinta, los huéspedes obligados del bungalow de Shirley, donde la chiquilla tiene instalado su campo de concentración para sus juegos de chiquilla inteligente y viva que tiene siempre una idea nueva que poner en práctica.

La encantadora Shirley tiene siempre muchos dulces, muchos, en su bungalow. Le llegan cada día montones de cajas de dulces, regalo de sus admiradores; como le llegan también muñecas de todas las partes del mundo, regalo de admiradores lejanos que no saben cómo expresar a la encantadora artista el



cariño que le profesan a través de sus producciones.

Shirley reparte equitativamente dulces y juguetes. Tiene el sentido de la justicia y no puede verse ella halagada sin hacer participar a sus amiguitos de los halagos que recibe.

Cuando se siente mejor en su pequeña casita de madera es cuando está llena de niños y niñas que han ido reclutando en los estudios obligándoles a ir a jugar con ella. Juega a mil cosas distintas, pero el juego predilecto de Shirley es "hacer películas".

Como los niños que van al colegio y en casa juegan a colegios, repitiendo todo cuanto han visto y oído a sus profesores, Shirley Temple hace de sus compañeros a los artistas, a los cameramen, a los electricistas, a los registradores del sonido. Y ella, en medio de todos ellos, con gestos llenos de gracia, les dirige, les da órdenes, les hace ejecutar las historias que ella inventa.

Una mesa, con una silla encima cubierta con un trapo, es la cámara. Shirley da orden para que una misma escena se tome desde distintos ángulos; sabe que los planos han de ser siempre tomados desde distintos ángulos, para poder luego seleccionar entre todos el de mejor efecto fotográfico.

Viéndola gesticular, dar órdenes concretas entre la baraúnda que arman los demás chiquillos que ejecutan sus órdenes, enfadarse con sus subordinados, mostrarles el modo cómo han de decir tal frase o la actitud que han de tomar en tal o cual pasaje de la cinta que ella ha inventado, el ritmo que han de seguir en el baile, o la tonalidad que han de poner en la voz al recitar un verso, se diría que estaba dirigiendo *en serio*.

Este es el juego que más divierte a Shirley Temple y da papeles a todos los "extras" que vienen a solicitar trabajo a su estudio.

—¿Hay trabajo para mí?—preguntan los chiquillos, a los que también divierte mucho el juego.

—También, también hay un papel para ti. Tú harás de piel roja. No había ningún piel roja en mi film, pero no importa, ahora habrá uno que serás tú.

Para todos encuentra un papel concreto. Si no lo hay lo inventa. Y así todos quedan contentos.

Después que han jugado mucho y se han divertido más, Shirley Temple *paga* a sus artistas. Nunca sale ningún niño del bungalow de Shirley con las manos vacías. Aquella casita de madera que se levanta en los jardines de Movietone City, parece edificada en el país de las

maravillas, porque Shirley Temple, que es la actriz más halagada por todos los públicos, es también la chiquilla más generosa y espléndida para sus amiguitos.

¡Lástima que no se filmen todos los films que ella inventa y dirige! Seguro que serían las historias más originales de cuantas ha llevado a la pantalla esta encantadora criatura que en tan poco tiempo se ha conquistado las simpatías del mundo entero.

Shirley Temple, en los estudios, es la niña mimada, la más halagada de todas las estrellas, porque con ella no puede haber ni envidias, ni odios, ni celos, ni ninguna de las malas pasiones que corroen el corazón de los hombres. Ella despier ta simpatía y cariño en todo el mundo, porque es la personificación de la inocencia, de la bondad, de la alegría y del amor, los cuatro faros potentes que podrían dar la felicidad a la humanidad, si la humanidad no se empeñara en encenagarse en el lodazal de los vicios.

Fuera de los estudios, Shirley lleva la vida que llevan todos los niños que tienen unos padres amantes que les cuidan: estudia, juega, come a las horas reglamentarias y se acuesta temprano. Ni más ni menos que cualquier niño de su edad.

Shirley Temple, la brillante es-

trella cinematográfica, ama el juego más que el estudio. Esto es lo que acostumbra pasar a todos los niños de seis años; pero estudia para complacer a su mamá que quiere hacer de ella una mujercita de provecho para el porvenir.

El tiempo que permanece en su casa lo reparte entre el estudio y sus juegos. En su casa en donde tiene a sus muñecas favoritas. ¡Son tantas las muñecas que tiene Shirley Temple! Le llegan de todas las partes del mundo, vestidas con los trajes típicos de todos los países, de todas las regiones, de todas las épocas. Tiene muñecas japonesas y muñecas malayas; negras muñecas africanas y rubias muñecas del norte; muñecas vestidas con los brillantes colores de los vestidos ucranianos y muñecas que van con el sayal humilde de las gentes del campo de la estepa rusa.

Tiene también muchas, muchas muñecas que se parecen a ella y que van vestidas con los trajes que ha usado en las diversas películas que ha realizado hasta ahora. Esas son las que menos le gustan a Shirley, porque dice que se parecen demasiado a ella y que ella no se gusta.

Shirley quiere mucho a todas sus muñecas, pero siempre prefiere a la que le parece más desdichada.



Tuvo predilección una gran temporada por una muñeca malaya de pómulos salientes, ojos oblicuos y lacio pelo oscuro; la encontraba horriblemente fea, pero por esto mismo la quería mucho más. Como una madrecita auténtica que mima y cuida más al hijo desgraciado, Shirley Temple trata con mayor ternura a la muñeca más fea o a aquella que representa para ella a algún país desdichado.

Por ejemplo: tuvo mucho cariño a una muñequita vestida de esquimal, con grueso abrigo de pieles y capucha y rudos zapatos de cuero, porque decía que le daba pena que sufrieran tanto frío en su país.

Ultimamente le regalaron dos preciosos muñecos vestido uno de soldado italiano, otro de soldado abisinio.

A Shirley le gustó mucho el uniforme blanco del soldado abisinio, pero no le gustó su cara negra y su pelo crespo; también le gustó la bizarra figura del soldado italiano.

Su mamá le contó que la guerra entablada entre aquellos dos países había puesto en moda a los muñecos vestidos con aquellos uniformes que representaban los países enemigos.

Shirley preguntó qué quería decir enemigo. Y luego preguntó que qué era la guerra. Y su mamá se lo

tuvo que contar con palabras puestas al alcance de la imaginación infantil, procurando no exaltar demasiado la imaginación de su hijita, que sabe ardorosa y apasionada.

La niña escuchaba las palabras de su mamá con mucha atención, mientras tenía abrazados muy fuertemente a los dos soldados sobre su corazoncito que latía con más fuerza al escuchar los horrores de la guerra.

Cuando su mamá terminó, dió un hondo suspiro, besó a los dos muñecos y les dijo, como si pudieran comprenderla:

—¡Pobrecitos! Os voy a querer más que a ninguno de mis muñecas, porque yo no quiero que os maten.

El beso de Shirley Temple sobre la frente de los dos soldados enemigos representados por aquellos dos muñecos, era el emblema bello y sublime de la paz que debería reinar entre los hombres... si los hombres fueran capaces de sentir con el candor y la sensibilidad de esa chiquilla que pone todo su amor de parte del más débil, sin desdeñar ni herir al más fuerte.

Shirley Temple se levanta todos los días a las ocho de la mañana; toma su desayuno después del baño y en seguida tiene una hora de cla-

se que le da su mamá, enseñándole a leer y a escribir y a sacar cuentas, como dice ella.

A las diez se va a los estudios de la Fox, siempre acompañada de su madre que no confiaría a nadie a ese bellissimo angelito que el mundo entero le envidia.

Allí, como toda gran artista, ha de someterse a diversas manipulaciones, aunque su carita ingenua, dulce, expresiva, llena de vivacidad y de frescura, no necesita del retoque. Las luces de los sets son ingratas, pero una carita de seis años puede desafiar toda clase de luces sin marchitarse.

Le basta con someterse a las manos del peluquero que arregla a capricho los rizos de su cabecita de oro. Y luego se viste el traje correspondiente para salir a escena, marchando a brincos gozosa y feliz a ejecutar lo que todos llaman su trabajo y lo que a ella le parece el más divertido de los juegos.

Come al mediodía en su pequeño bungalow. Al principio de ir a los estudios, comía en el restaurante de los mismos. Pero todos los que allí entraban iban a saludarla y a hacerla caricias y a preguntarle mil cosas para tener el placer de escuchar las chispeantes contestaciones de esta chiquilla precoz.

Su madre, aunque orgullosa y

agradecida de la admiración que despertaba su hija en todos los artistas y técnicos de los estudios, comprendió que aquellas comidas serían perjudiciales para la preciosa salud de la niña y la obligó a comer solita en su bungalow. A la pequeña Shirley le costó una llantina, porque a ella le divertía mucho que todos fueran a hablarle y a decirle cosas. Tuvo que resignarse, pero se arregló pronto para no comer sola, invitando a los niños que con ella jugaban y para los que era una fiesta comer en aquella casita que parecía levantada por las manos de las hadas.

A las cinco de la tarde abandona los estudios, en donde ha trabajado las horas reglamentarias que permite el Comité Protector del trabajo de los niños y en donde ha jugado cuanto ha podido en los intervalos de una a otra escena. Regresa a su casa, donde ya la están esperando sus profesores, y estudia con ellos dos horas. Cena a las ocho, juega después de cenar en su magnífico cuarto de juguetes, o en el jardín cuando es verano con sus hermanos, y se acuesta a las diez para recomenzar al día siguiente su jornada con la misma sonrisa y la misma alegría simpática que brilla siempre en sus ojos ingenuos.

La vida de esta estrella de es-



plendoroso brillo no está salpicada de popularidades chillonas, ni de reclames vocingleros. Se ha bastado ella sola para imponerse a la voluntad del público y para crearse el más grande cartel que artista alguna haya conocido.

Porque Shirley Temple cuenta, además de la admiración de los mayores, con la admiración y el cariño de los niños, la más auténtica, la más ingenua y la más firme de todas las admiraciones.

Shirley Temple se ha conquistado los corazones de los más reacios. No tiene enemigos ni detractores. Todo el mundo la quiere. Y hasta esos solterones egoístas que se encierran en su propio yo y que rehuyen el trato con los niños, sienten palpar su corazón con una oleada de ternura cuando se enfrentan con esa chiquilla, compendio de todas las gracias, que despierta en ellos la nostalgia de la ternura infantil, la más bella de todas las ternuras.

### ALGUNAS ANECDOTAS DE LA VIDA DE SHIRLEY

Podría hacerse un libro voluminoso recogiendo todas las chispeantes contestaciones de Shirley, todas sus ocurrencias de chiquilla precoz, todas sus conversaciones no sólo con las gentes sesudas que le hacen preguntas, sino sus conversaciones con sus amiguitas, con sus muñecas, con su perro Terry, al que quiere más que a ninguno de sus juguetes.

Un día le preguntaron que por qué quería tanto a su perro. La chiquilla no tuvo que pensar la respuesta. Cogió al perrito en brazos, lo abrazó sobre su corazón y dijo con un profundo convencimiento:

—Porque Terry me quiere mucho y viene a mí corriendo cuando me ve y se pone muy triste cuando me marchó y meneó el rabo cuando me encuentra y da chillidos y ladridos de alegría y hace muchas monerías. En cambio, las muñecas y los juguetes no saben querer, porque siempre se están en la misma postura y no me hacen nin-

gún caso. Por esto quiero más a Terry.

La explicación había sido tan clara y convincente que nadie podía dudar de que la chiquilla tenía no sólo toda la razón, sino una sensibilidad tan despierta que se avenía mal a tratar con seres inanimados, incapaces de comprenderla.

No pretenderemos dar aquí detallada cuenta de todo cuanto Shirley ha dicho de profundo o de agudo. Sólo queremos relatar algunas anécdotas que demuestran el talento de esta criatura toda corazón que sabe permanecer en toda la ingenua belleza de sus pocos años, sin dejarse vencer por la oleada de halago y de adulación que la envuelve.

\* \* \*

Filmaba Shirley Temple su magnífica producción "Nuestra Hijita", en los estudios Fox, con Rosemary Ames y Joel Mac Crea.

Era una de sus primeras grandes



producciones y la niña tenía que estudiarse cada noche la parte de diálogo que al día siguiente tendría que sostener ante la cámara y los aparatos registradores de sonido.

Su mamá, que es la mejor maestra y amiga de la pequeña Shirley, le enseñaba todas las noches la parte de diálogo que al día siguiente tenía que decir. La chiquilla tiene buena memoria y el trabajo es muy sencillo para la profesora y para la discípula.

Generalmente Shirley es una niña dócil y obediente; pero aquella noche estaba inquieta, turbulenta, nerviosa, y no quería estudiar. Su mamá tuvo que emplear toda su elocuencia para convencerla:

—Has de ser buena, Shirley: las niñas buenas no hacen enfadar nunca a sus papás.

La niña no se dejaba convencer. Jugaba con Terry, brincaba de un lado a otro y no había forma de hacerla estar quietecita estudiando su diálogo. Intervino el padre:

—Shirley, has de ser buena, has de estudiar tu papel. ¿Verdad que serás buena?

Shirley comenzaba a ceder, pero estudiaba de mala gana, a regañadientes, distrayéndose con cualquier cosa. Uno de los directores de la Fox, que aquella noche estaba en

casa de los señores Temple, intervino para convencer a la pequeña:

—Si no eres buena no podrás trabajar mañana. Las niñas como tú han de ser siempre buenas.

Shirley les miró a todos con su mirada seria, la mirada que guarda para la ocasiones solemnes y, viendo que todos estaban contra ella, decidió estudiar rápidamente para poderse ir a dormir pronto y que no la fastidiaran más.

Al día siguiente fué al estudio con su papel bien sabido. Se filmaban las escenas en las que los que tenían el papel de padres de "Nuestra Hijita" comenzaban a sentir pesar sobre ellos la desavenencia conyugal. Tenían que decirse unas cosas muy desagradables y muy duras y los artistas, Rosemary Ames y Joel Mac Grea, hacían muy a lo vivo su papel.

Cuando terminaron la escena Shirley se plantó en medio del set, puso en jarras sus bracitos graciosos y dijo con un encantador mohín de disgusto:

—No vale la pena predicar tanto a las niñas que sean buenas para que luego los mayores se porten tan mal y digan cosas tan feas...

La carcajada fué general y los besos llovieron sobre la encantadora chiquilla que había dicho una tan gran verdad.

\*\*\*

El año pasado la Academia Award, que da todos los años un banquete al artista que más se ha distinguido por su trabajo, ofreció a Shirley Temple el galardón.

Asistió a él lo más granado de todos los estudios de Hollywood, porque en todos se estima en lo que vale el trabajo de la preciosa chiquilla que aquella noche, por primera vez en su vida, trasnochaba más de lo debido.

Llegaron una nube de fotógrafos de todas las revistas y periódicos de los Estados, que querían obtener diversas fotografías de la niña con destacados elementos cinematográficos. Y suplicaron que pasaran a un salón vecino a aquel donde se celebraba el banquete para que las fotografías pudieran ser realizadas con más comodidad.

Shirley, Claudette Colbert, Clark Cable, Janet Gaynor, Gary Cooper, Ronald Colman, Bette Davis y otros muchos, salieron a la antecámara para complacer a los fotógrafos.

Shirley Temple, muy complaciente, se dejó retratar en todas las posiciones y desde todos los ángulos. Dejó que la sentaran encima del piano; que la colocaran sobre la chimenea al lado de un gran ramo

de flores; se sentó en un gran sillón donde su figura menuda desaparecía y tuvo una paciencia sin límites, sonriendo siempre con su sonrisa cautivadora y simpática.

Se hicieron muchos retratos y pasó mucho, mucho tiempo. De pronto, Claudette Colbert se dió cuenta de que Shirley tenía los ojos llenos de lágrimas y de que su carita se contraía con graciosos pucheros.

—¡Oh, pobrecilla! — le dijo, abrazándola—. ¡Qué cansadita estás!... Pero ya van a terminar en seguida.

—¡No estoy cansada! — dijo Shirley indignada — ¡Yo no me canso nunca!... ¡Pero se me van a comer todo el pastel!

Y rompió a llorar con tan grandes sollozos, que fué preciso llevarla de nuevo a la sala del banquete para que se convenciera de que el pastel estaba íntegro esperándola a ella...

¡Y era un pastel para más de ciento cincuenta comensales!...

\*\*\*

Los papás de Shirley no descuidan la educación de la niña. Saben que la niña se convertirá en mujer y que sus gracias de hoy no tendrían mérito alguno mañana si no



iban unidas a una sólida instrucción. Quieren, como es natural, que su hijita sea, además de una gran actriz, una señorita que pueda alternar con lo mejor de la sociedad.

Para ello le han puesto profesores de las más variadas materias entre los que, lógicamente, ocupan primer lugar los de idiomas. Y Shirley, como todos los niños de todos los países, ha comenzado por aprender el francés.

Contesta ya con bastante perfección a cuantas preguntas le hace el profesor y entiende lo que éste le dice. Pero... no es lo mismo...

Un día visitaban los Estudios Fox unos turistas franceses. Shirley les fué presentada, porque la encantadora estrella es la mejor gala de Hollywood y la riqueza más incomparable de Movietone City.

Una dama preguntó a la niña, pero ésta no contestó.

—Shirley—le dijo su mamá—, contesta a esta señora... Tú ya sabes hablar el francés.

Shirley sonrió con aquella sonrisa cautivadora que desarma y que atrae y miró a la señora, sin decir palabra.

Su mamá estaba muy apurada y muy sofocada al ver que su hijita no decía nada a aquella dama que le hablaba con insistencia.

—Vamos, Shirley, dile algo a

esa señora para que vea que sabes hablar francés.

Shirley volvió a sonreír y dijo algo en un francés que la señora no entendió, entablándose entre la dama francesa y la niña norteamericana un breve diálogo que ni una ni otra lograron entender.

Cuando los turistas desaparecieron la mamá de Shirley le preguntó:

—¿Qué te ha dicho esa señora, Shirley?

—No sé, mamá—replicó la niña con aplomo—, debe ser una francesa de *otra Francia*, porque yo no la he entendido...

\* \* \*

Otro día llegó a los Estudios una señora, con un grueso volumen debajo del brazo y el lápiz en ristre. Shirley adivinó en seguida a la periodista y se acercó a su mamá, porque su mamá la sacaba de muchos apuros cuando los periodistas comenzaban a hacerle preguntas.

La señora llegó hasta Shirley y abrió el volumen, diciéndole, mientras le enseñaba diversas escrituras:

—Mira, Shirley, éstas son las contestaciones de Jean Harlow, éstas las de Mirna Loy, éstas las de Mae West, éstas las de Ruby Keeler, ¡y éstas las de Greta Garbo!...



Cuatro encantadoras "poses" de Shirley Temple, cuando no era tan "crecidita" como "lo es" hoy.





Vistas exteriores e interiores de la linda "villa" de Shirley Temple.



He aquí los magníficos aposentos de la muñequita del cinema.





SHIRLEY TEMPLE



SHIRLEY TEMPLE





SHIRLEY TEMPLE



SHIRLEY TEMPLE





SHIRLEY TEMPLE

De modo que es preciso que tú también me contestes a lo que voy a preguntarte.

—Sí, señora — contestó Shirley muy formalita.

—Muy bien, pues vamos a ver; ¿cuál es la marca de tu automóvil?

—No es auto, es un patinete— contestó Shirley, sin perder su aplomo.

—¿Cuál es el número de tus zapatos?

—Eso lo sabe mi mamá.

—¿Qué es lo que más te gusta?

—Mi mamá—contestó Shirley, mirando a su madre con orgullo.

—No, no... lo que más te gusta para comer.

—Los helados y las chocolatinas.

—¿Qué es lo que más te fastidia?

—Tener que poner mi nombre en las fotografías, tener que contestar a una señora que pregunta muchas cosas...

—¡Shirley!...—exclamó su mamá, queriendo reprender a la pequeña que hablaba con el corazón en la mano.

—¡Oh, no se preocupe usted, señora!—dijo la periodista—. Las contestaciones infantiles han de tener toda la frescura de su espontaneidad. Vamos a ver, Shirley, ¿en qué duermes?

—En cama—contestó la chiquilla, encontrando la pregunta sumamente tonta.

Su madre y la señora soltaron una fresca carcajada y la niña, sin comprender de qué se reían, añadió:

—¿Es que usted no duerme en cama, señora?

—Sí, sí, queridita, pero yo te pregunto si duermes en pijama o en camisón.

—¡Ah... bah!... ¿Y eso qué puede importar a nadie?... No me gusta hablar de mis interioridades—dijo Shirley muy seria, volviendo la espalda y negándose rotundamente a contestar aquella pregunta que la había molestado.

La periodista, que había completado el interrogatorio de tantas artistas—¡incluso el de Greta Garbo!—tuvo que marcharse con el interrogatorio de Shirley Temple incompleto.

Era la diminuta gran estrella la que, una vez más, había triunfado sobre sus hermanas.

\* \* \*

Shirley Temple era una gran amiga del malogrado actor Will Rogers. Will tenía a la chiquilla un cariño tan grande que no pasaba



día sin ir a verla ya fuera a los Estudios, ya a su misma casa.

Sostenía con ella grandes conversaciones y le hacía mil preguntas y se reía con aquella su risa franca y jovial que se había conquistado tantas simpatías en el mundo entero.

Shirley también le quería, porque le contaba historias que la hacían reír y porque siempre Will estaba dispuesto a jugar con ella.

Un día Will Rogers le dijo:

—Shirley, ¿sabes tú cuáles son los dos artistas de cine más guapos de todos los estudios?

Shirley pensó mucho rato y fué diciendo nombres al azar: Jean Harlow, Robert Montgomery, Marlene Dietrich, Gary Cooper...

—No aciertas... no aciertas...—reía el simpático Will con una alegría casi infantil.

La niña volvió a decir otros nombres, pero no acertaba a dar en el clavo.

—Me doy por vencida.

—¿Quieres que yo te lo diga?

—Sí.

—Pues... tú y yo.

La chiquilla miró asustada a Will y luego comenzó a reír con unas carcajadas contagiosas. No podía hablar de tanta risa. Los ojos se le llenaban de lágrimas de reírse y reírse sin poder parar.

—Sí, señora, sí, no te rías tanto... tú y yo, porque somos los dos únicos artistas que no necesitamos maquillaje.

—¡Porque los dos somos muy feos!—exclamó la niña cuando la risa la dejó hablar.

—¿Que somos feos?—preguntó Will, fingiendo mucha sorpresa.

La niña le miró sonriendo, con sus ojillos pícaros y brillantes, y añadió:

—Bueno... yo no soy tan fea como tú, porque soy demasiado pequeña... ¡Pero lo que es tú puedes estar bien seguro de que eres muy feo!...

Will Rogers cogió a Shirley en brazos y se la comió a besos por su encantadora franqueza.

## LOS AMIGUITOS DE SHIRLEY TEMPLE

Shirley tiene amiguitos en todos los países, pero claro, como ella no les conoce, no puede quererles a todos como quiere a los que viven cerca suyo.

Su amiguita más íntima es una nena de su edad, hija de una pobre viuda que trabaja para mantener a su hijita, y a la que la Fox contrató para que sustituyera a Shirley mientras los técnicos preparaban los sets. Todo buen fotógrafo sabe que es preciso tener un punto donde enfocar perfectamente la cámara y en el que ensayar los diversos efectos de luz. Con la cámara cinematográfica este punto esencial de la fotografía requiere más detallado estudio y más cuidados requisitos. No se somete nunca a un gran artista a soportar todos esos largos y pesados preparativos; para ello están los dobles. Y como Shirley Temple no tiene un doble propiamente dicho, tiene a una niñita de su edad y de su misma altura que la sustituye en el set mien-

tras las cámaras van de un lado a otro en busca del ángulo perfecto.

Esta niña se llama Marilyn. La primera vez que las dos niñas se encontraron en el set, Shirley sonrió a su compañerita, le preguntó cómo se llamaba, quiénes eran sus papás, dónde vivían, qué hacía su mamá, ya que su papá estaba en el cielo, y a qué escuela iba. Marilyn contestó a todas aquellas preguntas un poco cortada, porque sabía que Shirley era una gran estrella y una niña mimada por todo el mundo, y pensaba que aquella niña no se dignaría hablar con ella que era pobre y a la que nadie conocía.

Shirley, con su natural franqueza, con su ingenuo candor, obligó a Marilyn a contarle toda su historia, la invitó a comer a su bungalow y desde aquel día no quiso que se separara de su lado.

—Como que tú no tienes papá, mi papá será tu papá, ¿quieres?—le dijo un día.



Marilyn no supo qué contestar y se limitó a decir:

—No sé si mi mamá querrá...

—Yo sé que sí querrá, porque mi papá es muy bueno y todas las mamás querrían que mi papá fuera el papá de sus hijitas.

Marilyn tuvo que aceptar lo que Shirley le proponía, porque no le gustaba contrariar a su amiguita, y desde aquel día no volvió a decir "señor Temple", sino que decía "papá", como le oía decir a Shirley.

En realidad los padres de Shirley han hecho por Marilyn lo que hubieran hecho por una hija. La visten, le pagan la escuela, la tienen en su casa a mesa y mantel y han conseguido para su madre un buen empleo que le permite atender a sus necesidades y mantener el gasto de una casita modesta, pero arreglada con gusto y coquetería por la mamá de Shirley que quiso dar una sorpresa a la mamá de Marilyn.

Shirley Temple fué la que dió la idea de amparar a aquella niña que la sustituía a ella y que le evitaba estarse mucho rato ante la cámara, antes de que la cámara comenzara a funcionar.

Marilyn adora a Shirley, y Shirley no podría vivir sin Marilyn, ya que sus hermanos se pasan la vida fuera de casa, en los pensionados,

y cuando vienen a casa no quieren jugar a muñecas ni a hacer películas. Prefieren jugar al fútbol o al boxeo y en estos juegos siempre salen ellos triunfadores, porque Shirley es mucho menor que ellos.

A Marilyn no le importa permanecer frente a las cámaras todo el tiempo que sea necesario para que se tomen bien los ángulos y para que las luces ejerzan sobre la escena toda su bella influencia.

El primer día que Marilyn tuvo a su cargo aquel trabajo, Shirley le explicó con mucha seriedad que no tuviera miedo de las cámaras, como les había tenido ella al principio, porque las cámaras, cuando eran disparadas, no disparaban en realidad, sino que únicamente tomaban la figura de la persona que se ponía delante de ellas.

Terminado el trabajo de las dos niñas en los sets, corren a jugar por los jardines de los estudios, o en el bungalow de Shirley, donde está establecido el cuartel general de los centenares de niños que pululan por los estudios cinematográficos.

Todos son amiguitos de Shirley, todos la conocen y todos la quieren. Pero Shirley siente preferencia por Marilyn, porque es la hijita de una pobre viuda, porque no tiene papá

y porque ha de trabajar para ganarse la vida.

El alma compasiva y tierna de la simpática Shirley se siente atraída por la desgracia y acude a ella con tan espontánea ingenuidad que es como el rayo de sol que disipa nubes y como la brisa suave que calma tormentas. Basta una mirada de sus ojos candorosos en los que brilla la chispa de la inteligencia, para que todo el mundo sonría y se sienta dichoso al lado de esa niña que ha hecho la felicidad de chicos y grandes con la gracia que emana de su persona y con la sonrisa cautivadora que juega siempre en sus labios, marcando en sus mejillas dos arrebatadores hoyuelos.

También Shirley Temple siente predilección por sus desconocidos amiguitos, sus lejanos admiradores, a los que tiene clasificados en diversos grupos formados por países. Los que ocupan el primer lugar en el corazón de Shirley son los españoles. A Shirley le han hablado mucho de España y, además, ha recibido muchas cartas de niños de España que la admiran y que quieren hacer llegar a ella el testimonio de su simpatía y de su cariño.

Es por este motivo por el que nosotros queremos organizar un homenaje colectivo a la encantadora diminuta gran estrella de todos los

niños y niñas españoles que quieran secundar nuestra idea y tomar parte en el homenaje. Leed cuidadosamente la explicación que acerca del mismo damos al terminar estas breves notas sobre la vida de Shirley Temple, la Amiguita Pública número 1.

Shirley Temple quiere mucho a los niños españoles. Tiene muchas muñecas, vestidas con los trajes regionales de toda España y las tiene en lugar preferido en su cuarto de muñecas que bien pudiera ser considerado como un museo; tantas y tan bellas son las que allí figuran.

Cuando recibe alguna carta de España salta llena de alborozo y no para hasta que le han traducido al inglés lo que los niños españoles le dicen. Shirley quiere aprender a hablar el español; pero su mamá le ha dicho que hasta que no sepa hablar bien el francés no la dejará aprender el español. Y esto se lo ha dicho como estímulo, para que se aplique mucho y pueda pronto comenzar el estudio del español que también a su mamá le gusta mucho.

Recibió un día Shirley una carta procedente de España que llegaba con muchas, muchas firmas. La miró y remiró; leyó todos aquellos nombres que ella no sabía pronunciar y que le sonaban muy bonito al oído cuando los decía en su gra-



ciosa lengua y sentía gran curiosidad por saber lo que le decían todos aquellos niños que firmaban la carta.

Cuando llegó su profesor de francés, que habla también el español, se apresuró a presentarle la carta y le rogó que le leyera en inglés lo que allí decían.

El profesor tomó la carta y se la leyó. Decía así:

"Nuestra muy querida amiguita: Somos todas las niñas de una escuela que queremos felicitarte por lo bien que trabajas en las películas. Tenemos una profesora tan buena que el día que hacen una película tuya nos lleva para que te veamos. Y todas te queremos mucho porque eres muy buena y siempre arreglas todo lo que parece no tener remedio. En nuestras horas de recreo no hacemos más que hablar de ti. Todas tenemos retratos tuyos y nos disputamos para ver cuál es la que logra tener mayor colección. Nos gustaría mucho que nos mandaras uno a cada una, pero como somos muchas no nos atrevemos a pedirte porque nos parece un abuso.

"En la escuela hemos formado un pequeño club, y hemos nombrado a la Shirley Temple de cada clase, escogiendo para ello a la niña que nos ha parecido más inteligen-

te y más buena. En el club damos fiestas inventadas por nosotras mismas y todas queremos imitarte a ti y cantar y bailar como tú lo haces; pero todas lo hacemos muy mal, porque sólo tú sabes hacer tan bien todas esas cosas que te hemos visto hacer en tus películas.

"¿Es muy difícil hacer películas? ¿Te gusta a ti hacerlas? Nos gustaría que nos contestaras, porque pondríamos tu carta en un marco y la colgaríamos en la clase donde tenemos las reuniones de nuestro club y sería un recuerdo de la amiguita a la que todas queremos muchísimo.

"Todas te mandamos muchos besos y esperamos con ansia tu contestación."

Luego venían veinticinco o treinta firmas, con unas rúbricas que eran verdaderas filigranas de rayas y rayas entrecruzadas, como monumentos de rúbrica.

Shirley se hizo leer otra vez la carta y se quedó pensando mucho rato. Luego dijo:

—Yo quiero contestar a mis amiguitas de España... ¡pero no me van a entender!

—Lo mismo que yo te he traducido la carta, les traduciré a ellas la tuya su profesora — le dijo el profesor.

—¡Ohh!... — exclamó Shirley,

quedándose un rato en suspenso—. ¿Y si su profesora no sabe el inglés? Yo sé que no todos los profesores saben tantas cosas como usted... ¿Vamos a hacer una cosa?

—¿Qué?—preguntó el profesor, mirando a Shirley con una sonrisa al ver el entusiasmo que había despertado en ella aquella cartita que venía de España.

—Yo escribiré una carta en inglés y usted la escribirá en español y yo pondré abajo mi nombre y una firma más grande que todas esas para que ocupe mucho papel y vean que yo también sé hacer rúbricas. ¿Qué le parece?

—Me parece bien. Tú escribes la carta y yo te la traduciré.

Shirley ya no pensó aquel día en dar clase de francés. Quería ponerse a escribir en seguida la carta para los niños españoles. Pero el profesor la convenció de que era preciso dar la clase y que escribiera durante su rato de asueto.

—Por un día dejas de jugar con tus muñecas y escribes la carta.

—¡Dejar de jugar con mis muñecas!... Es mucho más fácil dejar de dar clase de francés. Las muñecas son hijas mías y no puedo desatenderlas—replicó Shirley con mucha seriedad.

Pero el profesor no se dejó vencer por aquel instinto maternal

de Shirley y la obligó con dulzura a dar su clase, convenciéndola de que todo podía arreglarse fácilmente, pues la carta podía escribirse a la hora de clase de escritura, ya que así practicaría y se esmeraría más en hacer una letra bonita para que las niñas españolas vieran que también ella se aplicaba en el difícil arte de escribir.

Dos días después Shirley daba a su profesor el precioso documento que, después de traducido, decía así:

"Mis queridas amiguitas de España: Estoy muy contenta con vuestra carta y me gusta mucho que os acordéis de mí. Os tengo que decir que hacer películas es una cosa muy fácil; es como si estuvierais siempre jugando a un juego que yo le llamo "vamos a suponer". No sé si vosotras sabéis jugar a este juego, pero es muy fácil. Las que juegan suponen que son alguien que en realidad no son. Yo creo que todas las niñas saben jugar a este juego, porque hacen de mamá, o de cocinera, y a veces hasta de papá o de doctor cuando las muñecas "vamos a suponer" están enfermas. Pues para hacer películas es lo mismo. Una se imagina que es alguien que en realidad no es y luego viene el director—el director es el que os enseña a jugar y el que os dice qué



es lo que "vais a suponer"—y dice "okey" y entonces comienzan a filmar. Y luego tengo muchos, muchos admiradores. Ya veis si es fácil.

"Luego es muy divertido ver la película que se ha hecho, y ver cómo una se mueve y habla y todo lo demás. Yo me he visto muchas veces en mis películas, porque voy a todos los estrenos porque soy una estrella. No sé muy bien lo que quiere decir ser estrella y se lo pregunté a mamá y no me dió una gran explicación. Me dijo que quería decir que hacía muchas películas y que tenía que ser siempre una niña muy buena, más buena que todas las que "suponemos" que soy cuando hago películas.

"Si vosotras jugáis a "vamos a suponer" sabréis hacer películas y os podréis divertir tanto como me divierto yo con este juego.

"Os mando muchos besos y un retrato para cada una como me pedíais. Y me gustaría mandaros también una muñeca para cada una, pero las muñecas no caben en un sobre, como los retratos, y no sé cómo mandáros las. Vuestra amiguita, *Shirley Temple*."

¡Había que ver la rúbrica que hizo Shirley debajo de su nombre! Quiso competir con todas las que había recibido y no hay duda al-

guna que salió victoriosa, porque necesitó más de media hoja de papel para edificar aquel castillo de rayas y caracoles.

El profesor le besó la manita y le dijo que era una chiquilla deliciosa. Luego se acordó de que los papás de Shirley le habían suplicado que no halagara a la niña y que la tratara con un poco de severidad, para que la criatura, tan halagada y tan mimada por el público y por sus compañeros de trabajo, supiera que había en el mundo algo más que el halago y el mimo, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, tosió fuerte, dió unos golpecitos en la mesa y dijo en un tono que quería ser severo, pero que era como un mimo:

—Señorita Shirley, basta de juegos... Vamos a trabajar con formalidad.

Shirley miró por el rabillo del ojo al profesor, sonrió con su sonrisa pícara y le dijo con su francés chapurrado:

—Monsieur, est-ce que vous regrettez d'être aimable avec moi?

El profesor tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no comérsela a besos.

Shirley es una chiquilla a la que nadie puede resistir. Su encanto es tal que en un momento se capta la simpatía y el cariño de cuantos la

conocen. No es el prestigio de la actriz el que la hace admirable a los ojos de sus desconocidos admiradores. Es su gracia personal, el encanto de su sonrisa, la alegría de sus ojos, la ingenuidad y vivacidad de sus respuestas lo que hace de esta criatura de excepción un ser adorable.

La pequeña Shirley es tan graciosa y tan mona fuera de la pantalla como en la pantalla.

Sería imposible querer sustraerse a su encanto. Sería imposible no rodearla de halagos y de mimos. Y esto, que acaso a otra niña menos sencilla que ella pudiera ser grandemente perjudicial para la formación de su carácter, no influye para nada en el carácter de nuestra heroína que sigue siendo la chiquilla ingenua y llena de gracia a la que los halagos no engríen ni los mimos vuelven voluntariosa y antipática.

Poco tiempo después de haber recibido la carta cuya contestación hizo Shirley traducir a su profesor, recibió otra, también de España.

Era de una niña mayorcita, porque la letra estaba mejor trazada y el redactado, teniendo toda la ingenuidad de la niñez, mostraba ya el atisbo de un alma de mujer en formación. Le suplicaba a Shirley que le dijera cómo era Gary Cooper

tratado en la intimidad, ya que ella había trabajado con él en "Ahora y siempre". La desconocida amiguita de Shirley le explicaba que sentía admiración por el gran actor y que quería saber cómo era fuera de escena. Se adivinaba en toda la carta uno de esos entusiasmos juveniles que se prendan del héroe de ensueño mucho más que de la verdadera personalidad del que es objeto de sus admiraciones.

Shirley no pudo penetrar en el sentido de aquella cartita de una niña de doce o catorce años. Y contestó con una deliciosa cartita que nos permitimos traducir literalmente:

"Mi querida amiguita: Tú quieres saber cómo es el señor Cooper y yo te voy a contar lo que a mí me parece. Primero debo decirte que le llamo el señor Cooper porque mi mamá dice que las niñas bien educadas deben tratar con respeto a los mayores; pero el señor Cooper está muy contento cuando yo le llamo Gary a secas.

"Gary es un señor que tiene unas piernas terriblemente largas y cuando le conocí me daba un poco de miedo porque era tan alto y yo creía que tenía muy mal genio. Pero pronto nos hicimos muy amigos. Gary me dibujaba muchas cosas y me sentaba sobre sus rodillas y en-



tonces ya no me parecía tan alto y podíamos hablar sin tener yo que levantar tanto la cabeza que luego me hacía daño el pescuezo cuando él estaba de pie. Me dibujó una vaca y un perro y una cabra que parecían de veras. Estaban mucho mejor dibujadas que las que yo dibujé y que muchas veces mi mamá no sabe conocer, tomando a un perro por una vaca o cosas por este estilo. Las vacas de Gary son vacas de verdad y sus perros también; se conocen en seguida. Si tú quieres yo le diré a Gary que te dibuje algo para ti y te lo mandaré. Gary es un señor muy amable y quiere a las niñas.

"Te mando muchos besitos. Shirley."

No creemos que esta carta dejara por completo satisfecha a la joven admiradora del simpático galán de la pantalla; pero estamos seguros de la buena fe de Shirley al escribirla. Para ella Gary Cooper no puede ser más que un señor que tiene piernas terriblemente largas y que hace dibujos muy bonitos para distraer a las niñas bonitas.

Shirley Temple no defrauda nunca a sus amiguitos; a los que ella conoce y a los desconocidos que le escriben felicitándola por su actuación o haciéndole preguntas sobre mil diversas cosas, o pidiéndole consejos. Shirley contesta a todos

con su candor ingenuo y con su gracia de chiquilla precoz.

Sus amiguitos son todos los niños: todos los niños de todos los países y de todas las razas. Sus películas han dado la vuelta al mundo entero y han llegado al corazón de todos los niños. Shirley quiere a todos sus admiradores y habla de los lejanos niños de los más lejanos países como si en realidad les conociera y pudiera jugar con ellos a su juego favorito "vamos a suponer". Quisiera poder tenerles a todos cerca y jugar a hacer películas. "Vamos a suponer que tú eres un niño blanco"—le diría a un negro del Africa. O "vamos a suponer que tú eres un rey"—diría al más miserable de todos ellos. Y conseguiría con su fuerza de sugestión, con su cariño y con su dulzura, hacer vivir a aquellos niños su parte, como si en realidad fueran aquello que "suponían" ser.

Porque Shirley Temple tiene una sensibilidad tan agudizada que, en sus juegos, siempre sabe dar a cada uno el papel que comprende le ha de agrandar más. Y sabe, con una comprensión inverosímil a su edad, que lo que más gusta a los niños, como a los hombres, es ser aquello que nunca podrán llegar a ser, porque lo que ejerce más atractivo en el alma humana es la realización de lo imposible.

## ¿POR QUE TE GUSTA HACER PELICULAS?

El redactor de un gran magazine de Estados Unidos que visitaba Hollywood en viaje profesional, realizó entre todos los artistas de cine una encuesta que tenía que responder exactamente a la pregunta que encabeza estas líneas.

Recibió contestaciones ingeniosas, chispeantes, divertidas, amargas, hondas, banales, frívolas... Cada artista contestaba según su estado de ánimo o según su afán de "epatar" a su público. Hubo contestaciones sinceras y retorcidas réplicas del que no quiere dejar penetrar en la intimidad de su modo de pensar y de sentir.

Entre todas, la que tenía mayor sinceridad, la que gozaba de más grande frescura, la que había sido hecha en toda la espontaneidad de un alma abierta de par en par, era —¿cómo podía haber sido de otro modo?—la de Shirley Temple.

Con su gracia de niña, Shirley contestó con las líneas que transcribimos:

"Me gusta hacer películas porque tengo muchos admiradores. Creo que ninguna niña de mi edad tiene tantos admiradores como yo, y me gusta recibir cartas de todos los países diciéndome cosas muy bonitas.

"Me gusta hacer películas porque es como jugar a mi juego favorito "vamos a suponer". La última vez que jugué a este juego fué con John Boles y Rochelle Hudson. Fué en una película que se llamaba "La simpática huerfanita". El señor Cummings, que era el director, nos explicaba cómo teníamos que jugar a hacer aquella película. Yo no sabía lo que quería decir ser huérfana, y el señor Cummings me dijo que era una niña que no tenía ni papá ni mamá. Y estuve muy contenta de que sólo fuera una suposición, porque yo estaría muy triste, muy triste si de veras no tuviera ni papá ni mamá. Nos pasábamos todo el día jugando a aquel juego de "suponer" que éramos



huérfanas Rochelle y yo. También había otras niñas que "suponían" ser huérfanas, y estábamos en una escuela que se llamaba orfelinato. Había un señor que era muy malo y que me tenía mucha antipatía, porque yo hacía muchas diabluras. Pero todo esto no era más que por juego. Luego venía John Boles a visitar el orfelinato, y yo le caía muy simpática y él a mí también me era muy simpático—y esto no era solamente juego, porque en realidad nos queremos mucho John y yo—y nos llevaba a mí y a Rochelle, que "suponía" que era mi hermana, a su casa y nos compraba vestidos muy elegantes y me regalaba miles de muñecas y muchos dulces y yo era la niña más feliz de la tierra.

"Fué el juego más bonito que he jugado desde que hago películas, y después de haberla hecho, tuve más admiradores que nunca.

"¡Ah!, se me olvidaba decir que me gusta hacer películas porque me

hacen muchos regalos y porque me regalaron una vez cinco conejitos muy blancos, con los que pasó una cosa muy graciosa; una mañana, cuando les fui a ver en su jaulita, no eran cinco... ¡eran veintiséis! Nunca he comprendido cómo pudo pasar aquello. Los conejitos nuevos eran muy pequeñitos y sin pelo y temblaban de frío. Pero ahora ya han crecido y tienen un pelo tan blanco y tan bonito como los otros.

"También me gusta hacer películas porque así tengo muchos, muchos amiguitos que me escriben desde lejos y me dicen cosas que me gustan mucho."

La encantadora contestación de Shirley Temple en aquella encuesta organizada por el magazine norteamericano fué la que obtuvo mayor triunfo, porque era la que tenía toda la fresca gracia ingenua de la chiquilla a la que se admira y se quiere en su país y en todos los países del mundo.

## LAS MAS RECIENTES PRODUCCIONES DE SHIRLEY TEMPLE

El espíritu puro que palpita en todas las producciones de esta simpática criatura, es tan limpio y tan fresco como su alma de niña.

En todas ellas hay encerradas sabias enseñanzas y profundos consejos. Todas ellas son una lección de moralidad para los pequeños y como el grito de la conciencia para los mayores. Todas ellas tienen un hondo sentido de bondad y marcan el camino del deber y del honor.

Shirley Temple ha introducido en el cine una nueva modalidad. Porque las películas de Shirley Temple no son únicamente "cine para niños", sino que son también cine para mayores.

Shirley ha soplado con su hálito puro en el ambiente "especial" de la cinematografía y lo ha purificado todo con su presencia. Shirley muestra a sus amiguitos los niños el camino que han de seguir en la vida, y despierta a los mayores haciéndoles ver sus extravíos, sus

errores, sus miserias y el modo de corregirlos y de volver a la senda del bien.

Convertida en la deliciosa Molly de "Nuestra hijita", Shirley con su encanto, con su cariño, con su ternura, con su inocencia, con su candor, logra unir de nuevo a sus padres, a los que las malas pasiones iban a separar para siempre.

Los dos seres que se habían unido en el lazo indisoluble del matrimonio, iban a dejarse arrollar por la avalancha del destino que quería separarles para siempre, irremisiblemente, con ese brochazo de las grandes tragedias morales que anulan toda una vida recta y pura de un solo golpe.

Molly, la pequeña Molly, sabe volver a atar los lazos que han estado a punto de romperse. Sabe, con su ingenua sabiduría de niña precoz, hacer ver a sus padres el error que han sufrido. No le importa llegar hasta el heroico sacri-



ficio, porque sabe que sólo su sacrificio dará de nuevo la felicidad a sus padres. Sus palabras son la voz que despierta los corazones cegados por la pasión; son las palabras de la niña las que hablan más alto que la conciencia de los padres; es su actitud decidida la que hace ver a aquellos dos seres buenos, pero no lo bastante puros para saber sobreponerse a su pasión, el camino equivocado que iban a seguir.

La pequeña Molly de "Nuestra hija" enseña a los niños todo lo que puede un hijo hacer por sus padres. La pequeña Molly enseña cómo un hijo puede evitar una tragedia conyugal, cómo el amor de un hijo puede volver a unir para siempre a los padres, con un amor más puro y más hondo y más leal, porque es un amor basado en el amor a los hijos, que es el más santo y puro de todos los amores.

\* \* \*

"La pequeña coronela" es nieta y es hija de héroes. Tiene el geniecillo fiero y voluntarioso, como el del abuelo. Tiene el alma tierna y llena de cariño, como la de su madre.

El abuelo tiene el alma dormida, un alma que ha permanecido cerra-

da y fría durante muchos años, llena de rencores y de odios hacia los enemigos triunfantes, repleta de amargura por la derrota sufrida en la encarnizada guerra civil que asoló a los Estados Unidos cuando el Norte luchaba contra el Sur.

Este odio, este rencor que ha helado el alma del viejo, le ha hecho vivir muchos años separado de su hija que, impulsada por el amor santo y puro que todo lo ennoblece, había unido ante Dios y ante los hombres en el lazo matrimonial su vida a la vida de uno de los que el viejo Coronel consideraba sus enemigos. Elisabet, la hija del viejo Coronel de los ejércitos del Sur, se había casado con el joven oficial de los ejércitos del Norte. Y el militar, herido en su orgullo, venció al padre herido en su corazón al perder a su hija única en la que tenía cifradas todas sus esperanzas.

Pero la hijita de Elisabet, la "pequeña coronela", la fierecilla Lloyd sabe enfrentarse con el abuelo, sabe discutir con él, sabe echarle en cara su desvío, sabe tratarlo con dureza cuando el caso lo requiere; y sabe llegar a él con la dulzura de su sonrisa y con el encanto de sus bracitos que se arrollan al cuello del abuelo y que son como las alas de un ángel que vienen a devolver al alma del viejo frío y

rígido las oleadas de ternura y de amor hacia los suyos.

También sabe la pequeña Lloyd limar diferencias y ejercer una deliciosa democracia en el trato con sus amiguitos. ¿No son acaso sus mejores compañeros de juego aquellos dos niños negros a los que los otros niños blancos de las plantaciones del Sur les hacen el vacío?

¿No es la pequeña Lloyd la que obliga al abuelo, al rígido abuelo, a deponer su actitud desdeñosa hacia los hijos de los colonos, haciéndole tirar de la cuerda del carrito en donde May y Henry, los dos niños negros, van metidos con un júbilo loco al sentirse arrastrados por el caballo sobre el que cabalgan el viejo Coronel y la pequeña Coronela?

Lloyd sonríe al abuelo agradecida y feliz. Ha conseguido que abuelito quiera también a sus amiguitos casi tanto como la quiere a ella. La encantadora chiquilla impone su voluntad con dulzura y con tesón. El Coronel orgulloso, rígido, altivo, se vuelve dulce y suave como la niña, porque la niña le ha sabido llegar al corazón inundándolo con la luz de su inocencia que vuelve bueno todo cuanto ella ilumina.

Los últimos años del coronel serán esplendorosos, porque junto a él habrá la sonrisa encantadora de

la pequeña Lloyd y el cariño tierno y profundo de su hija Elisabet, que no ha dejado nunca de querer y respetar a aquel padre que fué un poco duro con ella, pero que al fin ha sabido comprender y ha abierto los brazos al joven oficial de los Estados del Norte.

Y ha sido Lloyd, con su geniecillo fiero y voluntarioso como el del abuelo, y su alma tierna y llena de cariño, como la de su madre, la que ha hecho aquel milagro de amor.

\* \* \*

También hay una honda lección de amor y de bondad en la trama de "Ojos cariñosos".

En ella, Shirley, la graciosísima y gentilísima estrella, tiene a su cargo un delicioso papel.

Hija de un aviador que murió en un accidente de aviación, vive con su madre, que está de sirvienta en casa de unos altivos y orgullosos burgueses. La hija de la sirvienta juega con la hija de aquella familia acomodada, orgullosa y dura de corazón y de sentimientos.

La chiquilla humilde tiene un carácter dulce y sonriente, pero tiene, también, una gran energía y no se deja humillar por la altiva compañera de sus juegos infantiles. Sabe



que su papá fué un héroe de la aviación y sabe que su padrino, Loop, es también muy valiente. Por eso está ella orgullosa de su estirpe y afirma que será una aviadora tan valiente como su papá y como su padrino.

El destino tiene reservados a la pequeña crueles golpes. Su madre muere, también, de desgracia, atropellada por un automóvil. La chiquilla queda sin más amparo en el mundo que su padrino Loop, que se pasa la vida en el aire, y los señores en donde su mamá servía de doncella.

La nena se ha captado el corazón del viejo señor de la casa. Tío Ned, que tiene un genio vivo, endiablado, toscó, duro, se siente atraído por el encanto de aquella sonrisa dulce y por el corazón de aquella bellísima criatura que sabe penetrar certeramente en el alma que no está por completo cerrada a todas las ternuras.

La hijita de la doncella, aquella niña que no ha querido dejarse humillar por los que tienen más dinero que ella, es verdad, pero que no tienen tan valerosa estirpe como ella, logra, a fuerza de ternuras, de cariño, de simpatía, de bondad, imponer su voluntad al tío Ned, que ya no puede vivir sin aquella chiquilla y que accede a cuanto piden

los ojos cariñosos de la pequeña Shirley, aquellos ojos cariñosos de la niña buena y dulce que ha hecho una vez más el milagro del amor.

Son los ojos cariñosos de Shirley los que arreglan el conflicto surgido entre su padrino Loop y tío Ned, porque los dos la quieren adoptar. Son los ojos cariñosos de Shirley los que resuelven, asimismo, la diferencia que hay entre Loop y Adela, aquella diferencia que ha nacido de un rasgo de orgullo y que la chiquilla sabe equiparar con su sonrisa y con su mirada llena de ternura, uniendo a aquellos dos corazones que se aman sinceramente sin querer confesárselo.

Todo lo han dulcificado los ojos cariñosos de la criatura. Ellos han limado asperezas y han salvado dificultades y han allanado obstáculos. Rodeados por el amor de la tierna criatura, todos los corazones despiertan a la tierna sonrisa que brota de sus labios y todos los corazones sienten encenderse la llama del cariño que avivan aquellos ojos cariñosos, capaces de realizar milagros con la bondad que escapa de sus ingenuas pupilas de niña.

Y la deliciosa Elisabet de "La simpática huerfanita", tan traviesa, tan picaresca, tan díscola con aquellos que no saben llegar a su

corazón, sabe también embalsamarlo todo con su bondad ingenua, con su inteligencia precoz, con su intuición privilegiada, que le hace adivinar pronto el lado flaco de los corazones para escurrirse por él precipitadamente y apoderarse del cariño de cuantas a ellas se acercan.

Elisabet es una niña traviesa, pero sus travesuras son desahogos de su alma candorosa y pura, ávida de alegría, ansiosa de libertad, anhelante de la dicha que no ha conocido en su orfandad desventurada.

"La simpática huerfanita" quiere mucho a todas sus compañeras de orfandad, a todas las niñas que están recogidas por la caridad pública en aquel orfelinato que vive de las limosnas que les dan los socios protectores de la institución. Todas le dan mucha lástima, porque sabe que, como ella, todas viven sin el calor del cariño de una madre o de un padre que vele por ellas.

Quiere también a la buena directora, que la corrige a veces por sus travesuras, pero que lo hace siempre con tanta dulzura y con tal delicadeza que la chiquilla llora por haber hecho sufrir a aquella señora que tan bien se porta con ella.

En cambio, odia a aquel viejo gruñón que viene de tiempo en

tiempo, en visita de inspección al orfelinato. Aquel caballero no trata bien a las huérfanas. Cree que, porque da su dinero para contribuir a los gastos del orfelinato, tiene ya derecho para castigar y reprender a las niñas recogidas en él. La pequeña Elisabet no quiere al hombre malo, como ella le llama. Y, sin embargo, bastaría una palabra de ternura pronunciada por aquellos labios, una mirada de cariño lanzada por aquellos ojos duros y fríos, una sonrisa que iluminara aquel rostro siempre taciturno y sombrío, para que la niña se sintiera atraída por él, porque lo único que Elisabet pide es cariño, un poco de cariño para su alma sedienta de ternura.

El alma de los niños es como capullo en flor, que necesita del calor del sol y de la frescura del aire para abrirse en magnífica corola. El sol que hace abrir el alma de un niño es el amor; el aire que le ayuda a expandir el perfume encerrado en ella, es la ternura; quitad esas dos cosas esenciales a la vida del alma del niño y veréis cómo se agosta al contacto con la frialdad, la dureza y la incompreensión del corazón que no sabe querer a los pequeños.

Elisabet es, más que los otros niños, una delicada flor que nece-



sita desarrollarse entre cuidados y desvelos, porque es un alma delicada, llena de sensibilidad, despierta a todas las ternuras y cerrada, hermética a todas las durezas. Es un alma que necesita mucho cariño cerca suyo para mostrarse en toda su belleza.

Y este cariño lo encuentra, primero en su hermanita Mary, algunos años mayor que ella y que le sirve de madrecita en la frialdad del orfelinato; luego en Edward, el protector del orfelinato que, prendado de la belleza y de la inteligencia de la chiquilla, se la quiere llevar a casa para adoptarla. ¡Cómo sabe agradecer Elisabet las ternuras de Edward! ¡Cómo sabe corresponder con sus sonrisas, que son como divinos rayos de sol, a las atenciones que el joven tiene con ella y con Mary! ¡Cómo sabe llegar al corazón de la vieja tía de Edward!

En poco tiempo la pequeña Elisabet sabe hacerse amar y sabe llevar de unos a otros el amor que brota de su corazón como planta ufana.

Es ella la que logra unir a su hermanita Mary al enamorado Edward que no se atrevía a confesar su amor. Es ella la que hace las delicias del hogar de tía Genoveva, que la quiere como a una hija.

Y es ella la que mejor sabe demostrar, a fuerza de ternura y de alegría, el agradecimiento de su corazoncito de oro.

... ..

Así, en todas sus producciones, la encantadora, diminuta y refulgente estrella da lecciones de amor y de ternura a los mayores; lecciones de amor y de ternura a los pequeños, a los niños, en las manos de los que está el porvenir de la humanidad, marcándoles la única senda a seguir: la senda del amor y de la bondad, que es la que ha de conducir a la soñada meta, al fin para el que el hombre ha sido creado, a la regeneración absoluta de la naturaleza humana, inclinada siempre al mal.

Son los niños, los deliciosos chiquitines, promesas de hombre y de mujer para un futuro purificado por nuevos sentimientos, los que, como Shirley Temple en sus películas, han de encauzar por el camino recto del bien a la humanidad loca, mostrándole que es el único camino que puede conducir a la felicidad.

Shirley Temple es la luz pura del amanecer en el horizonte de la cinematografía. Sus producciones son una enseñanza magnífica. Y ella sabe poner tal gracia en todas ellas, que parecen cuadros vividos de su propia vida. Porque Shirley Tem-

ple, en la pantalla como fuera de ella, es la chiquilla buena, deliciosa, comprensiva, encantadora, que sabe penetrar en el corazón de los grandes con su bondad de niña y despertarles con sus sabias palabras de criatura precoz.

La producción de Shirley Temple seguirá siempre la ruta iniciada. Ya en "Gracia y simpatía", una de las primeras películas que filmó para la Fox, inició esta ruta que ha continuado a través de todas sus películas.

En cada una de ellas, la niña buena, simpática, cariñosa, abnegada, cuyas travesuras no son más que chispazos de ingenio en su imaginación viva, da sabias lecciones de moralidad.

Por esto quieren a Shirley Temple todos los niños que la han visto trabajar. Porque el alma del niño es buena por naturaleza, y saben ellos, mejor que nadie, sentir las bondades que emanan del corazón de la gentil niña que se mueve ante ellos, en la pantalla, enseñándoles todo cuanto su ingenuidad, su ternura, su bondad, le inspiran, para devolver la felicidad a los mayores, a aquellos que, llevados por el impulso de la pasión que ciega y arrebatada, olvidan muchas veces el fondo puro que hay en toda alma humana y que la gentil niña sabe

hacer salir a flote, con la sonrisa dulce de sus labios, con la mirada de sus ojos, suaves y expresivos, que todo lo purifican y todo lo embalsaman.

Por esto los niños, todos los niños, quisieran que esa muñequita que tanto les hace gozar no creciera nunca.

El mayor afán de los niños es jugar a hombres.

—¡Ya soy un hombre! — exclama con orgullo un rubio querubín de cinco años, blandiendo un sable de madera.

—¡Ya soy una mujer! — murmura una madrecita que aun no ha cumplido las seis primaveras, mientras arrulla a su muñequita.

Niños y niñas sienten el afán de crecer, o de que ya se les considere personas mayores... y, sin embargo, no hay ninguno que desee que Shirley Temple crezca.

Todos quisieran que Shirley fuera la niña eterna, llena de candor y de bondad, con su sonrisa optimista y deliciosa, con sus ojillos vivos y brillantes, llenos de inteligencia, con su almita que sólo sabe de la vida lo bueno y lo bello, y que impone una y otra cosa a cuantos la rodean.

Todos los niños quisieran que se reprodujera en Shirley Temple el milagro de Peter Pan, el niño que



no quiso crecer y al que las hadas concedieron este don.

Seguramente, en la tranquilidad de sus juegos infantiles, Shirley Temple, como todos los niños, exclamará con mucha seriedad:

—¡Ya soy una mujer!...

Y no podrá adivinar cuántas almas de niño se nublarán de tristeza el día en que ella, el hada de todos los sueños infantiles de los niños de hoy, y la inspiradora de muchos rasgos de bondad, se convierta en una mujer, quedando disipado para siempre el hechizo mágico que emana de su diminuta y acusadísima personalidad.

Las más recientes producciones de Shirley Temple son "Rebelde" y "La pequeña vigía".

En la primera, que acaba de ser estrenada, hace una creación deliciosa de una chiquilla díscola que no se somete a nada más que a la ternura. Su personalidad infantil adquiere en esta cinta un relieve insospechado. Su intuición es tan grande que sabe llegar hasta los más hondos matices de la expresión.

La moraleja de "Rebelde" es que con la energía de carácter y con la bondad del corazón, pueden ganarse las más comprometidas batallas de la vida, ya que el vivir no es más que un perpetuo batallar de las pa-

siones que palpitan en el corazón del hombre.

"La pequeña vigía" nos mostrará a una nueva Shirley Temple, convertida en una marinerita.

"La pequeña vigía" representa a un viejo lobo de mar que vive en el islote hecho de rocas donde se alza el faro a pocas millas de la costa. Con él vive Star, la pequeña Shirley Temple, que no tiene en el mundo más que aquel pobre viejo al que llama papaíto con una infinita ternura, pero que ni siquiera es pariente de la chiquilla. El lobo de mar recogió a la chiquitina, salvándola de un naufragio, en el que perecieron los padres de la niña al estrellarse el buque en que viajaban, contra el acantilado de la costa en una noche terrible de tormenta.

Pero, ¿qué le importa a la niña que no la unan al viejo lobo de mar los lazos de la sangre, si es tan bueno y ella le quiere tanto? Star se ha convertido en la hija del lobo de mar. Sale con él de pesca, va al pueblo con el cesto lleno de langostas que juntos han pescado y vende a los ricos aquel producto conseguido con su trabajo. A la diminuta Star no le dan miedo las langostas ni el mar. Es amiga de todos los pescadores y de todos los marinos que arriban al puerto. Conoce el nombre de todos los vientos y la

proximidad de la tormenta. Y sabe muchas historias de naufragios y de actos de valor.

A veces juega con el lobo de mar a que ella es una gran dama y él su cocinero, su mayordomo, su ayuda de cámara, todo en una pieza, y se divierten como dos chiquillos.

El lobo de mar le lee bellas historias de mar. El libro que más le gusta a Star es uno que se titula "La Tormenta", y el lobo de mar se complace en llamar a la niña "Ariel", como el protagonista de aquel libro. A la niña le divierte el juego y quiere cada día más a su "papaíto".

Sabe manejar el timón como un marino endurecido, y sabe desdeñar a los niños del pueblo que tienen miedo a las langostas que ella lleva en su gran canasto para vender.

Star y el lobo de mar son dichosos en aquella vida simple, en plena naturaleza, en constante contacto con el mar y con el cielo, lejos de las malas pasiones de los hombres, puros los dos en su pureza nativa. Todo candor la chiquilla en su inocente ingenuidad; todo candor el viejo que no ha vivido más que de los buenos instintos de su corazón puro y noble.

Un día llega al faro el capitán Nazro, antiguo amigo del lobo de mar. Como todos los que conocen

a la niñita, se prenda de ella y quisiera hacer cualquier cosa para aquellos dos seres que viven tan abandonados y tan dichosos en su abandono. El capitán Nazro sabe que en el pueblo corre la noticia de que los señores Morton quieren llevarse a vivir con ellos a la niña que está con el viejo lobo de mar. Los Morton sospechan que Star sea la hija de una hermana de la señora Norton, que murió en un naufragio, y ahora quieren adoptar a la niña, arrancándola de las manos de aquel hombre que no puede instruir a una niña ni educarla debidamente.

El capitán Nazro habla de aquel proyecto al lobo de mar. Deben de evitar que se lleven a Star. El capitán Nazro sabe bien lo que aquella separación representaría para su viejo amigo y para la niña.

Pero el lobo de mar reflexiona largamente, tristemente sobre lo que Nazro le ha dicho. Los Morton son gentes ricas, y él no es más que un pobre viejo. El porvenir de Star será más brillante y más seguro al lado de aquellas gentes que a su lado. El lobo de mar llora silenciosamente al pensar en la separación, pero sabe que el verdadero amor pide sacrificios, y todos le parecen pequeños para labrar la felicidad de aquel angelito que es el mejor, el



único tesoro que él posee en la vida.

—Soy viejo — le dice a Nazro — y llegará pronto el día en que tendré que separarme para siempre, inevitablemente, de Star... No puedo, no debo unirla a mi destino. La niña no se puede quedar aquí sola... cuando a mí me lleve para siempre la dama de la guadaña... He pensado que... que es mejor que se vaya con los Morton... Pero antes intentaré educarla como se debe educar a una señorita... Desde mañana irá a la escuela...

Star va a la escuela, aunque a ella le guste más correr descalza por la arena dorada llena de sol de la playa abierta frente al mar infinito... En la escuela aprende muchas cosas y luego le explica al viejo lobo de mar que los mares de la esfera terrestre que hay en la escuela son unos mares pálidos, quietos, planos, muy feos; que no son como el mar que ellos conocen, movedizo y cambiante a cada momento... Le cuenta que ella sabe mejor la Biblia que todos los demás niños que van a la escuela y que no quiere aprender nada más, porque ya sabe bastantes cosas con las que le ha enseñado su amado papaíto.

El lobo de mar le explica que los Morton quieren llevarla con ellos. La chiquilla se queda pensa-

tiva. A ella no le atrae el lujo, ni el bienestar, ni el futuro brillante. En casa de los Morton no encontrará el suave cariño que encuentra aquí, en la pobre cabaña del viejo marino. Su resolución está tomada. No se irá con los Morton. Sabrá demostrar que no necesita nada y que sabe hacer muchas cosas que su papaíto le ha enseñado: que sabe cocinar como la mejor cocinera, que sabe llevar una casa como una verdadera mujer, y que sabe mandar un barco como un verdadero marino...

Así, la encantadora criatura, a la que nada puede seducir, porque su corazoncito está lleno de cariño y de ternura hacia el pobre viejo, logra quedarse allí, en la cabaña del faro, a pocas millas de la costa, dichosa en aquella soledad y aquel abandono magníficos, porque están impregnados de cariño y de ternura, de un cariño tan grande como el mar y de una ternura tan honda como sus profundidades.

Y Star se queda junto al viejo, como ha deseado siempre, y se siente dichosa cuando, sentada sobre las rodillas de papaíto, hojea con él el gran libro de narraciones marinas y lee de nuevo "La tempestad", la historia de aquel Ariel que los dos, el viejo y la niña, tanto quieren.

Otra vez ha asomado la sonrisa en los labios enjutos del viejo marino, porque ahora ya no se separará de Star hasta que Dios disponga su viaje infinito... Y en lo más íntimo de su corazón piadoso y puro, eleva al cielo una muda plegaria para que ese día tarde mucho, mucho en llegar... por lo menos hasta que Star sea una mujer y pueda dejarla más tranquilo.

... ..

En sus dos años de trabajo en el cinema la saladísima Shirley Temple ha llevado a cabo un trabajo del que pocas artistas pueden vanagloriarse y ha interpretado los más diversos matices de carácter y los más encontrados sentimientos, hallando siempre la expresión justa para cada uno de ellos.

El arte de Shirley Temple es tan real que en cada una de sus películas creemos encontrarnos ante la realización de su propia vida; pero cada nuevo film viene a demostrar que la maravillosa estrella puede

superarse a sí misma y sobrepasar los límites de cuanto pudiera esperarse de una chiquilla de seis años.

Shirley Temple crecerá. Los años nos arrebatrán a ese tesoro de ternura y de candor que hoy ilumina el horizonte de la cinematografía con su luz propia, con su luz de astro de primera magnitud, y que infunde un hálito de pureza en el ambiente enrarecido del cinema que basta por sí solo para regenerar un arte bastardeado por las malas pasiones de los hombres.

Shirley Temple crecerá. Pero el recuerdo de la Shirley Temple de hoy, la niña de candor ingenuo y de gracia, toda espontaneidad, que ha llegado al corazón de las multitudes, perdurará siempre en el alma de los que hoy son niños y de los que sienten en sus almas la bienhechora influencia de las sabias enseñanzas morales que Shirley da desde la pantalla, con su natural simpatía y su optimismo contagioso.



## "CLUB SHIRLEY TEMPLE"

Mis queridos amiguitos. Shirley Temple os invita a formar un club que llevará su nombre y del que ella será Presidenta de Honor.

Este Club estará formado por los niños y niñas de toda España que, al remitirnos la firma para el álbum homenaje a Shirley, incluyan en el sobre su adhesión, llenando el recuadro correspondiente a ello, y nos manden por Giro Postal la cantidad de una peseta a cambio de la cual les será remitido el Título de Socio, con su número correspondiente, y una fotografía grande, autografiada, de la Presidenta de Honor del Club; esto es, un retrato de Shirley Temple firmado de su puño y letra, y la insignia en metal con la deliciosa amigueta pública n.º 1 en su más sugestiva "pose", cuando el Club esté creado, ya que para formar un Club nos precisa, ante

todo, contar con un número mínimo de socios.

Cada firma que recibamos será registrada cuidadosamente, junto con la dirección, y serán numeradas por riguroso orden de recibo.

El "CLUB SHIRLEY TEMPLE" sostendrá correspondencia entre sus socios y su Presidenta de Honor, esto es, que cuantas cartas se reciban dirigidas a Shirley Temple, serán contestadas por conducto de "Tía Ketty", secretaria general del "Club", la cual resolverá cuantas preguntas, consultas y confidencias se le hagan por sus amiguitos los niños españoles. Las cartas recibidas, así como las contestaciones dadas por "Tía Ketty", se publicarán en pequeños cuadernitos que aparecerán con el título de "CUADERNITOS DE CORRESPONDENCIA SHIRLEY".

En los "Cuadernitos de Correspondencia Shirley", el "C L U B SHIRLEY TEMPLE" publicará también cuentos, historietas, anécdotas, etc., dedicados a la graciosa actriz, además de los argumentos de sus películas, relatados para los niños.

El "CLUB SHIRLEY TEMPLE" organizará diversos concursos entre sus socios, de los que se dará cuenta a su debido tiempo.

La gentil estrella, con la que estamos en contacto desde hace tiempo para la formación de este Club que ha de llevar su nombre, nos ha prometido mandar un regalo, cuando reciba el álbum homenaje de los socios del "CLUB SHIRLEY TEMPLE", para que se sortee entre ellos.

¿Cuál de vosotros será el afortunado?... ¡Niños y niñas de toda España... haceros pronto socios del "CLUB SHIRLEY TEMPLE"!...

Shirley Temple os invita... ¡y no vais vosotros a desdeñar una invitación de vuestra amigueta que tan generosa y tan espléndida se muestra con vosotros!

Invitamos hoy a todos los niños y niñas españoles a rendir un homenaje de simpatía y cariño a la Amigueta Pública número 1.

Todos y todas queréis a esa criatura encantadora a la que tantas ve-

ces habéis admirado en sus películas. Y estamos seguros de que todos vosotros, niños y niñas españoles, querréis contribuir al merecido homenaje que hemos organizado a esa pequeña gran actriz.

Se trata de mandar a Shirley Temple un álbum magnífico en el que figuren las firmas de todos sus admiradores infantiles. Todos vosotros sabéis escribir, ¿no es verdad? Aunque sea llevándoos la mano vuestra mamá. Y todos queréis que vuestra firma figure en el álbum que vamos a mandar a Shirley Temple.

Pues bien; como no es posible mandar el álbum a vuestro domicilio particular — ¡España es tan grande y hay tantos niños en España! — firmaréis el recuadro que va al pie de la página 67, lo recortaréis con mucho cuidado y lo meteréis en un sobre franqueado con un sello de 2 céntimos, que nos mandaréis por correo con esta dirección:

## IMPRESOS

Ediciones Bistagne — Homenaje Shirley.

Pasaje de la Paz, 10 bis.

Barcelona.

El recuadro se pegará en el álbum con esmero... ¡y ya habréis tomado parte en el homenaje!

¡Niños españoles!... ¡A tomar to-



dos parte en este homenaje tan merecido a la simpática y querida Amiguita Pública número 1!...

Esperamos que, en pocas semanas, el álbum estará completo y que lo podremos remitir a Shirley Temple como testimonio de cariño

de sus amiguitos los niños españoles, con millares de firmas que llegarán a nosotros como una lluvia de amor hacia esa preciosa criatura a la que todos queréis.

En su nombre, y anticipadamente, os damos las gracias.

Todas las producciones de Shirley Temple citadas en este libro han sido noveladas y publicadas por Ediciones Bistagne al precio de una peseta el ejemplar. Literatura amena y sana, deleite de grandes y chicos.

## *Instrucciones*

*para adherirse*

*al homenaje a*

**SHIRLEY TEMPLE**





Recuadro a llenar, recortar y mandar  
a **EDICIONES BISTAGNE, Home-  
naje Shirley**, Pasaje de la Paz, 10 bis,  
Barcelona, bajo sobre abierto fran-  
queado con un sello de 2 cts., para  
adherirse, gratuitamente, al homena-  
je a **SHIRLEY TEMPLE** consistente  
en el envío de un artístico **ALBUM**.

Firmad en la primera casilla y repetid vuestro nom-  
bre con toda claridad, añadiendo vuestro domicilio,  
en la segunda casilla.

Nombre .....
Calle .....
Población .....
Provincia .....

## *Instrucciones*

*para inscribirse*

*como socio del CLUB*

**SHIRLEY TEMPLE**





Recuadro a llenar y a recortar para inscribirse como socio del CLUB SHIRLEY TEMPLE mediante el envío de **una peseta** por giro postal

(Poned vuestras señas con toda claridad)

### CLUB SHIRLEY TEMPLE

Pasaje de la Paz, 10 bis  
BARCELONA

Remito a ustedes por giro postal la cantidad de **Una peseta** por mi inscripción de Socio del CLUB SHIRLEY TEMPLE, esperando recibir una vez formado dicho Club, el carnet correspondiente, la fotografía autografiada de su Presidenta de Honor y la insignia del Club.

De Vds att . s. s. q. e. s. m.

(Firmad aquí)

Nombre .....

Calle .....

Población .....

Provincia .....

## COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

### La Novela Semanal Cinematográfica

#### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.	Virgenes modernas.	Mar de fondo.	La zarpa del jaguar.
El gran desfile.	El pagano de Tahití.	La llama sagrada.	Los amores de José Mo-
Miguel Strogoff, o el	Estrellas dichasas.	La ley del harén.	jica (fuera de serie).
Correo del Zar.	La senda del 98.	La fruta amarga.	El caballero de la noche.
La princesa que supo	Esto es el cielo.	Vidas truncadas.	Arsène Lupin.
amar.	Espejismos.	La fiera del mar.	La dama del 13.
El coche número 13.	Evangelina.	Tabú.	Amor en venta.
Sin familia.	Orquídeas salvajes.	El pasado acusa.	El pecado de Madelón
Mare Nostrum.	El caballero.	Papá piernas largas.	Claudet.
Nantás, el hombre que se	Egoísmo.	Trader Horn.	La casa de los muertos.
vendió.	La máscara del diablo.	Un yanqui en la corte	Titanes del cielo.
Cobra.	El pan nuestro de cada	del rey Arturo.	El proceso Dreyfus.
El fin de Montecarlo.	día.	El código penal.	La vida de un gran artista
Vida bohemia.	Vieja hidalga.	La pura verdad.	El último varón sobre la
Zazá.	Posesión.	Maternidad, o el derecho	tierra.
¡Adiós, juventud!	Tentación.	a la vida (fuera de se-	Fantomas.
El judío errante.	La pecadora.	rie).	Violetas imperiales.
La mujer desnuda.	El beso.	Carbón (La tragedia de	Teresita.
La tía Ramona.	Ella se va a la guerra.	la mina).	La película de las estre-
Casanova.	Los hijos de nadie.	Estudiantina.	llas. Grand Hotel (fue-
Hotel Imperial.	El pescador de perlas.	Las peripecias de Skippy.	ra de serie).
Don Juan, el burlador de	Santa Isabel de Ceres.	¡Qué viudita!	Soy un fugitivo.
Sevilla.	Las dos huérfanas.	El camino de la vida.	Hollywood al desnudo.
Noche nupcial.	La canción de la estepa.	Noches de Viena.	Sangre roja.
El séptimo cielo.	El precio de un beso.	Mamá.	El doctor X.
Beau Geste.	La rapsodia del recuerdo.	Eran trece.	Emma.
Los vencedores del fuego.	Delikatessen.	Cheri-Bibi.	Primavera en otoño.
La mariposa de oro.	Estrellados.	Bésame otra vez.	Ella o ninguna.
Ben-Hur.	Del mismo barro.	Camarotes de lujo.	El enemigo de la sangre.
El demonio y la carne.	Cuatro de niantería.	Los hijos de la calle.	El azul del cielo.
La castellana del Líbano.	Olimpia.	La divorciada.	El monstruo de la ciudad.
La tierra de todos.	Monsieur Sars-Gené.	Madame Satán.	El hombre que se reñe
Tripoli.	Sombras de gloria.	¿Cuándo te suicidas?	del amor.
El rey de reyes.	Mamba.	Marianita.	Susan Lenox.
Sangre y arena.	Molly (la gran parada)	El carnet amarillo.	Mercado de mujeres.
La ciudad castigada.	El valiente.	Honrarás a tu madre.	Manos culpables.
Águilas triunfantes.	De frente... marhen!	Su última noche.	La princesa se divierte.
El sargento Malacara.	Prim.	Las alegres chicas de	La mano asesina.
El capitán Sorrell.	El presidio.	Viena.	El rey de los gitaros.
El jardín del Edén.	Romance.	¡Viva la libertad!	El sargento X.
La princesa mártir.	El gran charco.	Salvada.	Los seis misteriosos.
Ramona.	Tempestad.	El teniente del amor.	Esta edad moderna.
Dos amantes.	El dios del mar.	Deliciosa.	La novia de Escocia.
El príncipe estudiante.	Anne Christie.	Cielo robado.	Besos al pasar.
Ana Karenine.	Sevilla de mis amores.	Amargo idilio.	El mayor amor.
El destino de la carne.	Horizontes nuevos.	Honor entre amantes.	El expreso fantasma.
La mujer divina.	La incorregible.	Para alcanzar la luna.	Al despertar.
Alas.	El malo.	El hombre que asesinó.	El robo de la Monna Lis-
Cuatro hijos.	El pavo real.	¡Ríndase!	sa (La Gioconda).
El carnaval de Venecia.	Bajo el techo de París.	La calle.	La edad de amar.
El ángel de la calle.	Wu-li-chang.	El prófugo.	Salvada.
La última cita.	Montecarlo.	Milicia de paz.	Divorcio por amor.
El enemigo.	Camino del infierno.	Amores de medianoche.	Corazones sin rumbo.
Amantes.	¡Mío, será!	La hermana San Sulpicio.	Corazones valientes.
La bailarina de la Opera.	¡Aleluya!	La dama misteriosa.	Vir-
Moulin Rouge.	La mujer que amamos.	Los clavos de la Vir-	gen.
Ben Ali.	Al compás de 3-4.	gen.	Pareja de baile.
Los cuatro diablos.	La princesa enamorada.	Al Capone (Pánico en	Chicago).
¡Ríe, payaso, ríe!	Amanecer de amor.	El último amor.	Muchachas de uniforme.
Volga, Volga.	El gran desfile (edición	Marido y mujer.	Mata-Hari.
La sinfonía patética.	popular).	Congorilla (fuera de se-	rie).
Un cierto muchacho.	Du Barry, mujer de pa-	Carceleras.	Erase una vez un vals.
¡Nostalgia!	sión.	Erased en mi vida.	Niebla.
La ruta de Singapore.	Angeles del infierno.	Rebeca.	Indescable.
La actriz.	Cuerpo y alma.	Tarzan de los monos.	El terror del hampa.
Mr. Wu.	El impostor.	La vuelta al mundo por	ouglas Fairbanks.
Renacer.	Esposas a medias.	Chica bien.	Recién casados.
El despertar.	Esclavas de la moda.	Champ (El campeón).	
La melodía del amor.	Petit Café.		
Las tres pasiones.	Hay que casar al príncipe		
Cristina, la Holandesa.	Inspiración.		
¡Viva Madrid, que es mi	El proceso de Mary Du-		
pueblo!	gan.		
Sombras blancas.	Marruecos.		
La copia andaluza.	En cada puerto un amor.		
Los cosacos.	¿Conoces a tu mujer?		
Icaros.	El millón.		
El conde de Montecristo.	La mujer X.		
La mujer liebre.	Gente alegre.		



Odio.	Simone es así.	El novio de mamá.	El velo pintado.
Los crímenes del museo.	Pescada en la calle.	Mademoiselle Doctor.	Nuestra hijita.
El secreto del mar.	Una noche en El Cairo.	Las Virgenes de Wimpole.	Amor de madre.
Mis labios engañan.	Rosa de medianoche.	Street.	Vivamos de nuevo.
No dejes la puerta abierta.	El rey de la plata.	Las mil y dos noches.	Cuando el diablo asoma.
Dos noches.	Sobre el cieno.	Al llegar la primavera.	Madre Alegría.
La melodía prohibida.	Las sorpresas del coche.	Madrid se divorcia.	Rosario la cortijera.
El primer derecho de un	cama.	Toda una mujer.	Grandes ilustones.
hijo.	Sol en la nieve.	Yo canto para ti.	Es mi hombre.
Canción de Oriente.	Madres de bastidores.	Ojos cariñosos.	Angelina o el honor de
La amargura del general.	La portera de la fábrica.	Al compás del amor.	brigadier.
Yen.	Granaderos del amor.	Espigas de oro.	Rataplan.
Boliche.	Fanny.	La generalita.	La hija del penal.
La vida privada de Enri-	Siempre en mi corazón.	Por mal camino.	La indómita.
que VIII.	Tarzan y su compañera.	La legión blanca.	La pequeña coronela.
Fra Diavolo.	El gato y el violín.	Cruz Diablo.	El cuervo.
El padrino ideal.	Sor Angélica.	Lo que los dioses destru-	No me olvides.
El judío errante.	Judex.	yen.	Razo de sol.
El hijo de la parroquia.	Casanova.	¿Quién mató a Eva?	El cantante de Nápoles.
Letty Lynton.	El primer amor.	Fiesta en palacio.	La nave de Satán.
Barrio Chino.	Eskimo.	Oro y plata.	La verbena de la paloma.
Yo, tú y ella.	Un capitán de cosacos.	El fantasma del convento.	La hija de Juan Simón.
Un ladrón en la alcoba.	El altar de la moda.	El amor que necesitan las	La reina del barrio.
El anta de los cantares.	La virgen de la roca.	mujeres.	El secreto de Ana María.
La llama eterna.	La herencia.	Algel del arroyo.	La simpática huerfanita.
Un hombre de corazón.	Madame Du Barry.	Capturados.	El héroe público n.º 1
Sierra de Ronda.	Sucedió una noche.	Ben Hur.	Ana Karenina
El rey de los fósforos.	Hombres en blanco.	Dos amantes.	El 113
La Cruz y la Espada.	Fueros humanos.	Loshijosdenadis	David Copperfield
El canto del ruiselior.	¡Viva la vida!	La Maternal.	La llamada de la selva
La mundana.	El negro que tenía el al-	Los de 14 años.	¡abajo los hombres!
Adiós a las armas.	ma blanca.	Doy mi amor.	Rosa de Francia
¡Tú eres mío!	Carolina.	Los clavetes de la Virgen.	Una chica angelical
Catalina de Rusia.	Cuesta abajo.	Crisis mundial.	Los clavetes
Tempestad al amanecer.	Sola con su amor.	El explotador de mujeres.	Tango-Bar
Santa.	El mundo cambia.	Encadenada.	Amor en maniobras
Belleza a la venta.	Canción de cuna.	Imperio Argentina.	Ahora y siempre
Alalá.	Paz en la tierra.	El pan nuestro de cada	Marietta, la traviesa
La hermana blanca.	La dama del boulevard.	día.	Odette
La Reina Cristina de Sue-	La hermana San Sulpicio.	Toda corazón.	Nuevas aventuras de Tarzán
cia.	El signo de la muerte.	Barteras infranqueables.	Tres lanceros bengalíes
Por un solo desliz.	La dolorosa.	La bien pagada.	Paloma de mis amores
Se ha fugado un preso.	Las fronteras del amor.	El último contrabandista.	El sueño una de noche de
El error de los padres.	Wonder Bar.	El niño de las monjas.	verano.
La ciudad de cartón.	La dama de las camelias.	Por unos ojos negros.	No más mujeres
Honduras de infierno.	La doncella de postín.	Don Quintín, el amargao.	Dos fusileros sin bala.
Doña Francisquita.	Caravana.	El consejero del rey.	Currito de la Cruz
El café de la marina.	Hombres del mañana.	El brindis de la muerte.	Sangre de circo
El agua en el suelo.	Así ama la mujer.	Abdul Hamid.	Tiempos modernos
Fedora.	La buenaventura.	La madrecita.	Mimi
El boxeador y la dama.	Nada más que una mujer.	Asegure a su mujer.	Princesa por un mes
Esclavos de la tierra.	Dama por un día.	El juramento de Lagardé	Rebelde
2 Mujeres y 1 Don Juan.	La espía núm. 13.	re.	Una mujer de su casa
Alma de bailarina.	Señora casada necesita	El conde de Montecristo.	El cura de aldea
Yo he sido espía.	marido.	Julietta compra un hijo.	Yo vivo mi vida
No seas celosa.	¡Viva Villa!	La novelade	
Desfile de candilejas.	Busco un millonario.	Carlos Gardel.	
Aves sin rumbo.	Sinfonías del corazón.	Nobleza baturra.	

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante

Si no lo habéis hecho ya, adquirid la colección de 6 postales en cartulina superior de variados colores y tiraje azul de **SHIRLEY TEMPLE** en sus más sugestivas «poses». ¡Son las mejores! ¡Exija la colección de **EDICIONES BISTAGNE** que va envuelta en papel transparente color verde pálido!

**Precio: 30 céntimos.**

Pedid también **EL SOBRE SIMPATIA** desde el que sonríe **SHIRLEY TEMPLE** y dentro del cual va una novelita cinematográfica moderna de Ediciones Bistagne y 2 postales, una de ellas de Shirley Temple.

**Precio: 15 céntimos**



**E. B.**